153

Biblioteca DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Una broma pesada.

Comedia en dos actos, acomodada á la escena española por D. Gaspar Fernando Coll *y* D. Cayetano Rosell, *representada por primera vez en el teatro de la Cruz, en el mes de setiembre de* 1846.

Es propiedad del Editor D. Vicente de Lalama, que vive calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á las Reales Ordenes relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez*, *Jordan* y *Rios* calle de las Carretas; *Cuesta*, calle Mayor, y *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, á 3 rs. las de un acto y á 4 las de dos ó mas actos.

PERSONAGES.	ACTORES.
Carlos Lopez, *dependiente de una casa de comercio.*	*D. M. Catalina.*
Carnicer.	*D. P. Sanchez.*
D. Cristobal Casabona, *antiguo comerciante.*	*D. E. Noren.*
Fernando.	*D. J. Garcia*
El Comandante.	*D. R. Aguirre.*
Lorenza, *fondista.*	*Doña C. Sampelayo.*
Teresa, *su ahijada.*	*Doña J. Noriega.*
Luisa, *sobrina de don Cristóbal.*	*Doña M. Tavela.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la sala de una fonda. En el foro una puerta que dá á un vestíbulo; á la izquierda de esta puerta una silla. A la izquierda dos puertas que conducen á los cuartos de los huéspedes; á la derecha la puerta de un gabinete y una mesa con cortinas y ropa blanca para planchar.

ESCENA PRIMERA

D. Cristobal, *y* Teresa.

Don Cristóbal, sentado á la izquierda, está calculando teniendo en la mano un lapicero y unos papeles. Teresa en la puerta del foro mira hácia fuera.

Ter. (*bajando al proscenio.*) La diligencia no llega. (*suspirando*) Ah! bien dice el refran; quien espera desespera... Yo no vivo desde que Cárlos me escribió que llegaria hoy.

Cris. Cuatro y llevo siete... total setenta y cuatro mil reales.

Ter. Digo!... seis meses ya que no nos vemos!... Porque si bien sólo hace cuatro que estoy en Mataró, hacia ya dos que Cárlos habia salido de Málaga para Madrid, cuando mi madrina escribió á la buena señora que me habia recogido cuando mi maestra me despidió, para que viniera á ayudarla en la penosa tarea de dirigir esta fonda. (*escuchando.*) Parece que oigo ruido de caballos.

Cris. Caballos ha dicho usted? Están de venta? A qué precio?... á cuanto la docena? á cuanto el millar?

Ter. Sino es eso, D. Cristóbal.

Cris. (*calculando y haciendo números.*) Decídase usted. Puedo disponer de catorce mil reales, digo—de quinientos catorce mil reales.—Me equivoco: puedo disponer de quinientos catorce mil millones de reales.

Ter. Ya está otra vez á vueltas con sus millones.—Pobre hombre! qué seria de él si no tuviera á su lado á su sobrina Doña Luisa?.. Aunque bien mirado, es feliz; le ha dado por estar siempre alegre y contento, á la par que yo... No me quiero acordar, porque si Cárlos no ha hecho algun buen negocio y no trae dinero para pagar lo que mi madrina adeuda á D. Bonifacio, no hay remedio para nosotros. Insistirá mi madrina en que me case con ese hombre que aborrezco, y...

Cris. Vaya, quiere usted ciento catorce mil reales por los caballos?

Ter. Como usted guste, señor D. Cristóbal! (*para sí.*) Dejémosle en su manía... (*escuchando.*) Ahora sí que no me engaño, es la Diligencia... (*corre á la puerta.*)

Cris. (*levantándose y arreglando sus papeles.*) La diligencia!... Quiero comprarla: qué precio tiene? Cuánto valen los caballos? Cuánto los

equipages?—cuánto los viageros?—Tengo dinero para todo. (*vase corriendo.*) Eh! postillon!... postillon!... para... para... para, que voy à comprarte. (*vase por el foro.*)

ESCENA II.

TERESA, *sola, mirando al patio.*

Ya está aqui... será aquel que baja del imperial: es tan vivo, tan aturdido! (*asustada.*) Ay Dios mio! va á estrellarse.—(*tranquilizándose.*) Ya bajó! Que susto he pasado!—(*haciendo señas.*) Chit... chit... (*se retira precipitadamente.*) No es Cárlos, y no está entre los viageros! (*con tristeza.*) Por qué no habrá venido?... Y no puedo preguntar á nadie, pues si mi madrina llegara á descubrir... No sé lo que me pasa, estoy tan inquieta!...

ESCENA III.

TERESA, LUISA.

LUI. (*que acaba de entrar por el foro y que ha dejado una cestita de labor en la silla que está á la izquierda del foro.*) Qué es eso, Teresa? qué tienes?

TER. (*estremeciéndose.*) Yo? Nada, Doña Luisita.

LUI. Vamos, algo tendrás; á mi no se me oculta: hace mucho tiempo que he conocido...

TER. Qué?... què estoy enamorada?... Pues si señora, lo estoy y perdidita... Pero sabe usted lo que digo?...

LUI. Qué?

TER. Que siendo usted tan lista para conocer lo que pasa en la casa agena, me estraña, que no haya notado usted lo que sucede en la propia.

LUI. Cómo?

TER. (*con misterio.*) D. Fernando la ama á usted... (*Luisa hace un movimiento de sorpresa.*) Oh! ya se yo que usted no lo quiere; por eso no se atreve á declararse, y mucho menos viendo la predileccion que usted tiene por el señor Carnicer, ese mala cabeza, ese jugadorazo que ha malversado su patrimonio y que quiere casarse con su dote de usted... Què diferencia de D. Fernando!... Ese sì que es un joven de prendas!... con el tiempo será muy rico! Y sin embargo, se consume en silencio por temor de disgustar á usted.

LUI. Qué dices?

TER. Lo que usted oye. Mire usted, ayer, cuando se estaba usted paseando por el jardin con el señor Carnicer, se puso pálido como un difunto, y temblaba como un azogado, pero de cólera... Vamos le vi decidido á armar camorra.

LUI. Ah!

TER. Se conoce que es valiente; no crea usted que le asusta el señor Carnicer con toda su reputacion de espadachin: le miraba con un aire... (*haciendo ademan de mirar con desprecio.*) Asi... hasta que el otro lo echó de ver.

LUI. Quién, Carnicer?

TER. Si señora... y ya se le iban erizando los bigotazos, como cuando se enfada, lo que le sucede con frecuencia, y por mucho menos que eso... (*reparando en la conmocion de Luisa.*) Pero qué le ha dado á usted? Acaso lo que yo decia de D. Fernando?...

LUI. Calla.

TER. Está visto: le ama usted.

LUI. Si...

TER. Me alegro. Ahora solo falta que le anime usted para que se declare.

LUI. Ahora menos que nunca.

TER. Y por què?

LUI. (*asustada y en voz baja.*) Carnicer le mataria.

TER. Ah! entiendo... Aqui viene D. Fernando. (*Fernando por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

FERNANDO, LUISA, TERESA.

LUI. (*turbada.*) Cielos! (*á Teresa.*) Decias que mi tio?...

FER. (*acercándose respetuosamente á Luisa.*) Preguntaba usted por D. Cristóbal, señorita?

LUI. (*saludando.*) Si señor.

FER. Acabo de verle junto á la verja que separa el jardin de su casa de usted del de la fonda: estaba escribiendo en una cartera.

LUI. Mil gracias.

TER. (*repasando la ropa.*) Calculando sin duda alguna nueva especulacion: no piensa en otra cosa.

LUI. Nunca podré agradecer, como es debido, la complacencia conque todos nuestros vecinos se prestan á lisongear su manía. Apropósito, Teresa; he venido á encargarte que recojas del despacho de la Diligencia un paquete que espero de Barcelona, con vestidos, un sombrero y otros efectos.

TER. (*con jovialidad.*) Ya, para que se los presenten á su papá, como otras veces, y hacerle creer que los compra.

LUI. Le gusta tanto regatear!

TER. Y que lo entiende...

LUI. No te detengas.

FER. Si usted lo permite, yo me encargaré...

LUI. No quiero que usted se moleste.

FER. Cómo molestarme! cuando deseo sacrificarme por usted, cuando mi...

LUI. (*interrumpiéndole.*) No prosiga usted...

FER. Bien, prohíbame usted decirlo, pero permítame usted que se lo pruebe.

LUI. (*conmovida y con cierto abandono.*) Ah! Crea usted...

CARN. (*apareciendo en la puerta de la izquierda.*) Corriente... Luego daré la revancha. (*se vuelve como para escuchar lo que le dicen desde dentro.*)

LUI. El señor Carnicer!

FER. (*vivamente y con esperanza.*) Decia usted...

LUI. (*alejándose de él con frialdad.*) Nada... nada. (*va á buscar la cestita de labor.*)

FER. (*mirando á Carnicer.*) (Comprendo!)

TER. (Pobre joven)

ESCENA V.

Dichos, CARNICER.

CARN. (*en la puerta.*) He dicho que luego, y basta.— Si no acomoda, dejarlo. (*viendo á Luisa.*) Ah! pido á usted mil perdones, señorita; si hubiese sabido que estaba usted aqui, me

habria apresurado á venir...

LUI. Sentiria que usted se incomodara. (*se sienta á la izquierda.*)

CARN. Yo solo me incomodo cuando no estoy á su lado de usted; si, señora, me aburro, me consumo, me desespero... No le sucede á usted otro tanto, por vida mia: está usted tan frescota y tan... tan... vamos, cada dia se vuelve usted mas bonita.

FER. (Que maneras, y que lenguaje! Este es el hombre que prefiere á mi!!) (*retorciendo los guantes con cólera, y Carnicer sigue hablando bajo con Luisa.*)

TER. (*acercándose á Fernando*) Que daño le han hecho á usted los guantes?... No ponga usted esos ojazos: con los que miraba usted antes á la señorita le hacen mas gracia.

FER. No ves con que amabilidad le habla? No se como me contengo.

TER. (*deteniéndole.*) Por Dios!

FER. Tienes razon; con provocarle solo conseguiria que ella me aborreciera... mas vale que me aleje...

TER. No haga usted tal.

FER. Por qué?

LUI. (*á Carnicer.*) Es usted muy amable. (Que suplicio!)

FER. (*á Teresa.*) La oyes?

TER. No importa; tenga usted esperanza.

FER. (Qué dices?) (*mira simultáneamente á Luisa y Teresa; esta le hace seña que se calle.*)

ESCENA VI.

Dichos, LORENZA.

LORE. (*antes de salir.*) Teresa!... (*saliendo por el foro.*) Teresa. (*se quita la mantilla y la deja en el respaldo de la silla de la izquierda.*)

TER. Qué manda usted, madrina?

LORE. (*examinando la ropa blanca*) Todavia estamos asi?... En què has empleado el tiempo, muchacha?

CARN. Vaya, señora Lorenza; no hay que enfadarse.

LORE. Buenos dias, señor Carnicer. (*saludando á Luisa y Fernando.*) Señorita, caballero, estoy á las órdenes de ustedes... (*á Teresa que se ha puesto á doblar la ropa.*) Deja eso y ve á arreglar los tres cuartos del segundo piso: toma las llaves.

TER. Voy al instante. (*bajo á Luisa.*) No los deje usted solos, D. Fernando está que trina.

LUI. (*involuntariamente.*) Cielos!

TER. (*haciéndole seña de que calle.*) Si, señora, iré á recoger el paquete, descuide usted.

LORE. (*metiéndola prisa.*) Todavia estás aquí....? Anda muchacha, y arregla tambien el gabinete azul; una escobada por encima y sábanas limpias, nada mas... (*vase Teresa.*)

ESCENA VII.

LUISA, *sentada*; CARNICER, FERNANDO, LORENZA. *Durante esta escena y la siguiente Luisa trabaja en un bordado de cañamazo.*

LORE. Basta y sobra para quien es:— un comisionado de una casa de comercio de Málaga, que se ha apeado á dos leguas de aqui; venia en el imperial, segun me ha dicho el Mayoral de la Diligencia que acaba de llegar.

ESCENA VIII

Dichos, y CARLOS. *Cárlos con casquete, bufanda al cuello en forma de corbata, camisa de color, pantalon ancho sin travillas; blusa abierta, levitin debajo oscuro, un saco de noche debajo del brazo.*

CARL. (*desde la puerta.*) Salutem omnibus!... Salamelé, como dicen los turcos... ò buenos dias, señores... á escojer. (*bajando al proscenio.*) No hay que molestarse: suplico á ustedes...

CARN. (*á Luisa.*) Vaya un original.

FER. (*acercándose á Cárlos.*) Calla! si no me engaño...

CARL. (*viendo á Fernando que se acerca á él.*) Fernando!

FER. Cárlos!

CARL. Cuanto me alegro! Ahi es nada lo del ojo, pues si vengo cargado de recomendaciones y alocuciones paternales de tu tio; á propósito, ahi va esta. (*saca del bolsillo una carta y se la da.*) Lee, lee. (*á Lorenza.*) Sin que sirva de molestia, dónde esta la señora Lorenza?

LOR. Soy yo para lo que usted guste mandar.

CARL. No me opongo. (No tiene mala cara la madrina de mi adorado tormento: atencion, y disimulemos. (*buscando con la vista.*) Dónde andarà Teresita.)

LOR. Usted será el viagero para quien me ha pedido un cuarto el mayoral?

CARL. El mismo, respetable señora.

LOR. Al momento estará corriente.

CARL. Lo apruebo. (*cantando.*) Asilo hereditario! (*bruscamente.*) Cáscaras y que calor!.. (*tira aturdidamente el saco de noche encima de la mesa en que está la ropa limpia.*) Fuera!

LOR. (*què plancha.*) Ah! mire usted lo que hace, caballero.

CARL. (*volviéndose.*) Qué sucede? he roto algo?.. lo pagaré.

LOR. No señor; pero me ha llenado usted de polvo.

CARL. De esto tiene la culpa el gobierno que no manda barrer los caminos reales, digo nacionales. (*mirándose.*) Mire usted como estoy. ¿Quién diria que esta levita es de paño negro, el color mas oscuro que se conoce? Lléveme el diablo si no me parezco al *hombre gris* en la comedia del mismo nombre... ¿Ha visto usted el *hombre gris*, mi coronel?

CARN. Yo no soy...

CARL. No me opongo, y perdone usted si le he ofendido, cualquiera puede equivocarse. Sabe usted que tiene usted un par de bigotes que estarian muy bien al frente de un regimiento?

CARN. (*tirándose de los bigotes con satisfaccion.*) Es posible.

CARL. Es evidente. (*á Fernando que sigue leyendo.*) Parece que estaba despacio el buen viejo, eh? pues todo eso es nada en comparacion de lo que me encargò de palabra. (*reparando en la mantilla que Lorenza ha dejado en la silla, la coge maquinalmente y se limpia con ella el polvo.*) Puf!— Y cuanto polvo!— Lo tengo por arro-

bas. Puf! puf! Parece que estoy sacudiendo un costal de yeso.

LOR. (*volviéndose.*) Caballero! (*reconoce su mantilla, dá un grito y corre à quitársela.*) Ay, mi mantilla! Está usted empecatado?— quiere usted acabar?

CARL. No se enfade usted; no le he roto ninguna costilla. Qué demonio!.. Le daré á usted otra, una docena... ciento... cuantas usted quiera. (*mirándose.*) Pero no es justo que yo me quede asi. (*va á tomar una cortina de encima de la mesa: Lorenza no lo permite, y él se sacude con la bufanda.*)

CARN. (*tosiendo.*) Hum! hum! por qué no va usted al patio á sacudirse?

CARL. Con el sol que cae? No tendria usted la culpa. Despues de haber andado mas de dos leguas al trote con treinta grados de calor. (*Carnicer tose.*) Está usted resfriado, mi coronel?

CAR. Ya he dicho á usted que no soy militar.

FER. (*que ha acabado de leer la carta, mirando à Cárlos.*) Cárlos! Cárlos! que hay señoras!

CARL. (*deteniéndose.*) Señoras! Donde están?

LOR. (*picada.*) Me parece que.... habráse visto..!)

CARN. (*á Fernando que le ha enseñado á Luisa.*) Ah!.. como el oficial estaba delante no habia reparado!.. (*à Luisa.*) Perdone usted, señorita.

FER. (*á Carlos mientras que sigue limpiandose con mucho cuidado.*) Dime, por qué te has bajado de la diligencia? por qué te has venido à pie?

CARL. Oh!.. eso ya es otra cosa. Nos paramos á mudar tiro, y yo me apeé para estirar un poco las piernas. Andaba buscando lumbre para encender un puro, cuando se acercó un veterano y alargándome la pipa me dijo: Quiere usted candela, caballero? No me opongo, militar, le contesté. Encendí, (*imitando el ruido que hacen los fumadores cuando un cigarro no quiere arder.*) y travamos conversacion. Figurense ustedes que venia desde mas allá de Barcelona á pie, y que no tiene mas que una pierna sólida... la derecha... la de palo. (*durante esta escena dirige casi siempre la palabra á Carnicer que se ha sentado al lado de Luisa.*)

LUI. Pobrecillo!

CARL. Cuando le ví me encolericé... ya pueden ustedes figurarse contra quien... y dige para mi: vamos á cuentas: « Carlitos, tú estás bueno y sano y si tuvieras la inhumanidad de dejarte arrastrar por seis caballos y permitir que ese valiente rangueara por mas tiempo, merecerias que volcára la diligencia, y te rompiera la columna vertebral por bellaco. Me convenció la lógica de mis razones, llamé al mayoral; y entre los dos encaramamos al compañero de glorias y fatigas á mi puesto, en la boardilla del carruage. (*Carnicer á quien se ha dirigido se encoge de hombros.*)

LORE. De veras?

CARL. Y tan de veras. Soooó! arre pulia!.. coronela!.. clic, clac, clic, y echó á andar la diligencia y como yo tenia prisa por llegar, apreté el paso, y al trote he llegado aquí como veinte minutos despues que los otros. (*á Carnicer.*) Que le parece á usted, mi coronel, andar dos leguas en cincuenta y cinco minutos? Oh! y no estoy cansado: me siento tan ágil!.. (*Carnicer le vuelve la espalda.*) Mire usted. (*hace una cabriola.*)

LUI. Es una buena accion...

LORE. Que me reconcilia con usted.

CARL. (*dándole la mano.*) No me opongo, respetable señora!

CARN. (*impaciente.*) (Vaya un ente.) Es digna de elogio!

CARL. Yo siempre estoy dispuesto á socorrer al prógimo.

FERN. Por eso te quiere tanto mi tio.

CARL. Y si me apreciáras como él, me lo probarias ahora mismo siguiendo mis consejos... Porque hablando en plata, te estás portando muy mal con tu pobre tio: le tienes muy incomodado.

FERN. (*queriendo imponerle silencio.*) Eh, Cárlos!..

CARL. Yo bien entiendo el busilis! tu dices: soy jòven, tengo algunos bienes, y prefiero viajar y gozar de la vida á enterrarme en un escritorio. Pero haces muy mal en no dar gusto á tu tio, porque en este mundo hay que vivir con las gentes, hay que hacer algo por los suyos... sobre todo cuando los suyos son millonarios. (*á Carnicer.*) No es verdad, mi coronel?

CARN. (*de mal humor.*) Otra vez? Eso ya... (*quiere levantarse.*)

LUI. (*procurando calmar á Carnicer.*) Oh! lo dice sin malicia...

CARL. (*dirigiéndose á Carnicer y sin reparar está incomodado.*) Figúrese usted que este caballerito (*señalando á Fernando.*) tiene un tio que posee setenta años, una casa de comercio de las mas acreditadas de Madrid, y suficiente número de billetes de banco para cubrir las murallas de la China que tienen setecientas leguas de andadera á vista de pájaro.

LORE. Será un Creso.

CARL. El difunto Creso era un pordiosero comparado con él. Volviendo á la cuestion: ese apreciable, ese escelente, ese incomparable, ese angelical tio escribe á su sobrino: » Ven, hijo mio, te abro mis brazos, y mi cartera, y te tengo preparada una muger de superior calidad. » (*Carnicer se levanta impaciente y va á dejar su silla al foro. Fernando hace un movimiento tambien de impaciencia. Luisa parece estar muy agitada.*) Yo la he visto; es una morena que ya!.. (*á Luisa.*) Tiene un pelo lo mismo que la seda de fino, y negro como el ébano.

FERN. Cárlos...

CARL. (*interrumpiéndole.*) No hay Cárlos que valga. Es preciso que vayas á ponerte al frente de la casa de tu tio: el buen señor se retirará como desea, y te dejará cuanto tiene.

FERN. No puede ser... (*mirando á Luisa que se levanta.*) y ahora menos que nunca; mas adelante tal vez...

CARL. Ciertos son los toros... Hay quien te detiene aqui; eh? Pues, señor, haces mal, muy mal, porque de seguro no es tan bonita como la otra.

FERN. (*á media voz.*) Silencio!

CARL. (*sin escucharle.*) Se me figura que la estoy viendo; será una señorita de provincia, desvencijada, que anda asi... (*anda sobre la punta*

de los pies con afectacion, recogiéndose los faldones del levitin.) Uy! cosa muy corrompible!

FERN. (*con impaciencia.*) Callarás!

CARL. Y por qué he de callar? (*viendo que Fernando mira á Luisa.*) Oh! no habia reparado... perdone usted; señorita; no lo digo por usted... (*á Lorenza.*) ni por usted tampoco... yo bien se que se puede nacer en una provincia y tener un cierto aquel... pues... cierta gracia... sin embargo, apostaria cualquier cosa á que la persona de quien estoy hablando se parece al retrato que acabo de hacer, (*á Carnicer.*) digalo sino el corouel, si la conoce.

CARN. (*que ha pasado al otro lado de Luisa.*) Déjeme usted en paz. (Parece que le han dado cuerdá. Qué torbellino!)

CARL. Debe usted conocerla... puede que por las señas... aguarde usted... si mal no recuerdo me dijo el tio de Fernando; que la tal señorita no es de Mataró...

CARN. Cómo?

FERN. (*á Carlos con cólera.*) Acabarás?

CARL. (*riendo.*) Ola! parece que he puesto el dedo en la llaga... Aguarde usted... se llama... (*Luisa que se ha acercado á él le toca en el hombro sin que nadie lo vea.*) Ah! (*mirando á Fernando.*) Entiendo: quién habia de adivinar?

CARN. Vamos!... cómo se llama?

LORE. Yo debo conocerla.

CARL. Creo que se llama Clementina.

CARN. (*observándole.*) Clementina?

CARL. U otra cosa: solo me acuerdo que su nombre empieza con *C* y acaba en *ina*... puede que sea Catalina ó Carolina... en fin una cosa asi. (Adivina quien te dió. (*á Fernando.*) Me fui del seguro: no hay mas que hablar... lo conozco... pero todo se arreglará... Tu tio me ha dicho que cederá por su parte, si tienes empeño en... pues... pero quiere absolutamente que vuelvas á Madrid.

ESCENA IX.

Dichos, TERESA.

TER. (*dentro.*) Bien, bien; al instante será usted servido.

CARL. (*volviéndose.*) Eh?

TER. (*sale precipitadamente con dos cajas de carton en la mano.*) Señorita, aqui tiene usted... (*ve á Carlos que se acerca á ella y suelta las cajas.*) Ah!

LORE. (*volviéndose.*) Qué es eso?

TER. Nada.

CARL. Las cajas que se han caido. (*á Teresa.*) Mira lo que haces, no te pongas colorada! (*alto.*) Se ha lastimado usted?.. dice usted que en un callo? Son tan delicados. (*Luisa examina las cajas.*)

LORE. Eres una atolondrada. A qué viene tanta prisa?

TER. (*turbada.*) Acaba de llegar una familia en una mitcha fortuna y piden cuartos.

LORE. Ese no es motivo para aturdirse.

CARL. (Si yo pudiera!) (*va al foro y finge hablar con alguien que está dentro.*) Qué dice usted?.. La señora Lorenza?.. allá vá... (*llamando.*) Señora Lorenza preguntan por usted... la familia de la *micha fortuna*.

LORE. (*acabando de doblar una cortina.*) Allá voy. (*á Teresa que mira á Carlos.*) Qué haces tú ahí parada?.. Y el cuarto del señor?

TER. Ya está corriente.

CARL. Vaya usted á sus negocios... por mí no se moleste usted. (*vase Lorenza.*)

LUI. (*á Carnicer que quiere coger las cajas.*) Para que se ha de incomodar usted? No he de atravesar mas que el jardin...

CARN. Oh! no puedo permitir...

LUI. Suplico á usted...

CARN. Nada, nada; sobre que no puede ser.

FERN. (*dejando á Carlos con quién estaba hablando.*) Me parece, caballero, que insistir mas seria...

CARN. (*con altivez á Fernando.*) Cómo! qué dice usted?

LUI. (*dando precipitadamente las cajas á Carnicer y procurando llevárselo.*) Tome usted, tome usted.

CARN. (*resistiendose.*) El caso es...

CARL. (*á Fernando.*) Oye...

LUI. (*llevándose á Carnicer.*) Vamos...

CARN. (*cojiendo las cajas y mirando á Fernando con aire de desprecio.*) Tendria que ver!... Uf! (*Carnicer y Luisa se van por el foro derecha.*)

FER. (*colérico para si.*) (Ah! le ama!) (*á Cárlos.*) Tienes razon, debo marchar, debo reunirme con mi tio...

CARL. Eso es; y dentro de dos ó tres dias...

FER. (*con resolucion.*) Dentro de dos horas. (*dándole la mano.*) Luego nos veremos. (*vase.*)

ESCENA X.

CARLOS, TERESA.

CARL. (*mirando marchar á Fernando.*) Anda con Dios! (*mirando á su alrededor.*) Ahora á mi negocio. (*volviéndose á Teresa.*) Aqui está. (*La abraza con efusion.*) Teresita del alma!... y cuanto tiempo hacia que no nos veiamos!... (*abrazándola otra vez.*) Venga otro apreton!... ¡ay, que gusto!

TER. Estáte quieto.

CARL. Vamos ahora á cuentas; pero déjame que te mire: (*retrocede un poco y la examina.*) Bravo! como la muestra... Este género no ha perdido nada... en la parte física... y si el corazon...!

TER. (*le coje la mano y se la pone sobre el corazon.*) Mira.

CARL. (*despues de una corta pausa.*) Trescientos latidos por minuto... Te encuentro tal como te dejé... siempre tan linda .. siempre tan apasionada... y siempre demasiado virtuosa...

TER. En cuanto á virtuosa nunca lo es demasiado una joven.

CARL. Yo bien sé lo que me digo. ¿No has de ser mi muger?

TER. (*suspirando.*) Ay!

CARL. Por qué suspiras? Ha ocurrido alguna novedad? Quieres faltar á tus promesas?

TER. Eso no!

CARL. Respiro, porque al oir tu ay! he sentido... me ha dado aqui una cosa... (*señalando al corazon.*) Si llegára á perderte... ni yo mismo sé de lo que seria capaz!... Pero no sucederá, me amarás siempre, no es verdad? Y pronto serás mi mugercita? No es asi?

TER. (No sé como decirle...) Háblame de tus asuntos; estás contento? Ganas mucho?

CARL. Yo te diré: ahora tengo un negocio entre manos que no es malejo... Vengo de Barcelona, donde no he podido dar salida á una gran partida de vinos de Jerez y Málaga, y si aqui lo consigo, tiraré el cinco por ciento... el cosechero me paga el viage etc... por lo demas mi capital no pasa de dos mil reales... pero ancho pecho... con el tiempo...

TER. (*involuntariamente y con cierta pesadumbre.*) Con el tiempo!... y don Bonifacio va a venir!

CARL. Don Bonifacio! quién es ese individuo?

TER. El primitivo dueño de esta fonda: se la vendió á mi padrino, y desde que este murió, los negocios van tan mal, que su viuda á pesar de los grandes sacrificios que ha hecho... En fin todavia debe cinco mil reales á don Bonifacio, quien no la deja á sol ni á sombra para que le pague, y la amenaza con embargarla cuanto tiene sino... sino...

CARL. Sino, qué?

TER. (*disculpándose.*) Yo no tengo la culpa... créeme... suele venir de cuando en cuando... me ha visto... y como es viudo...

CARL. Ya... ha ofrecido á tu madrina perdonarle lo que debe si le dá tu blanca mano?

TER. Yo me he opuesto.

CARL. Como habias de hacer otra cosa?

TER. Mi madrina me está predicando y reconviniendo à cada momento, y como soy una pobre huérfana y no cuento con mas apoyo que el suyo...

CARL. Y el mio no vale nada?

TER. Y si puedo evitar su ruina y no lo hago, cometo una mala accion.

CARL. Vaya, no te aflijas, pichona... Todo es cuestion de cinco mil reales!... Se le pagarán y pax cristi.

TER. Cómo?

CARL. Allà veremos.... no tengo el cinco por ciento de lo que venda? Y cuándo vuelve ese don Bonifacio?

TER. Muy pronto; dentro de quince dias...

CARL. Podemos contar con quince dias... con medio mes... con dos semanas... Voy á entregar las cartas de recomendacion que traigo... y si no hago negocio pasaré áTarragona, á Valencia, hasta que dé salida á mis vinos... Nos hemos salvado! y el amigo don Bonifacio se quedará compuesto y sin novia. (*riendo.*) Ah! ah! ah! pero riete muchacha, riete.

ESCENA XI.

Dichos, LORENZA.

LORE. (*dentro.*) Teresa!

TER. (*apartando á Carlos.*) Que viene mi madrina. (*Cárlos coje una cortina de encima la mesa, da una punta á Teresa y se pone á doblarla con Teresa, tarareando.*)

LORE. *con una carta abierta en la mano.*) Qué estás haciendo?

CARL. (*á Teresa tirando de la cortina.*) Tire usted... tire usted fuerte, (*la cortina se rompe.*) Ay! estaria pasada!

LORE. Usted se ha propuesto acabar con todo lo que hay en casa.

CARL. Al contrario, queria arreglar...

LORE. (*quitándole la cortina.*) Pues tiene usted buen modo de arreglar... (*señalando el rasgon de la cortina á Teresa, tirando la cortina encima de la mesa.*) Oye, Teresa; tengo que darte una mala noticia, acabo de recibir carta de don Bonifacio.

CARL. (*que ha cogido una plancha, y plancha maquinalmente.*) Qué oigo?

LORE. Está de vuelta.

CARL. Ola?

LORE. Le conoce usted?

CARL. (*con indignacion dejando la plancha encima la ropa.*) Ni quiero.

LORE. Pues... parecia...

CARL. Muy mal parecido: no creo que porque usted dice «Está de vuelta,» y yo añado «Ola!» Se pueda... pues... Ola! es una palabra que no tiene malicia, ni consecuencias, ni interpretacion. (*vuelve á la mesa, coje la plancha y echa de ver que ha tostado la ropa.*)

LORE. (*encogiéndose de hombros.*) Qué charlatan!

TER. (*interrumpiendo á Cárlos. A Lorenza.*) Y que le escribe á usted?

LORE. Me dice que á las doce esté en casa del escribano con los cinco mil reales ò contigo para celebrar el contrato de boda.

TER. (*desmayándose.*) Ah!

LORE. (*sosteniéndola.*) Dios mio!... se ha desmayado. (*la sienta.*)

CARL. (*apartándola y cogiendo la mano de Teresa.*) Permitame usted... déjeme usted á mi... (*dándole palmaditas en la mano.*) Teresa... Teresita.

LORE. (*sorprendida.*) Caballero!...

CARL. (Se me olvidaba que no estamos solos.) No tema usted; no será nada; es muy propensa á... si pudiera usted darla un poco de...

LORE. Agua de colonia?

CARL. (*con viveza.*) Dios nos libre! la haria usted saltar como una pelota; es tan nerviosa...

LORE. Qué dice usted?

CARL. (*conteniéndose.*) Que presenta todos los sintomas de serlo; cuando le dan esos ataques, lo que necesita es aire, mucho aire... abra usted...

LORE. (*corriendo á una puerta.*) Si... si...

CARL. (*pasando detràs de Teresa.*) Mientras que yo le aflojo el corsé.

LORE. (*volviendo.*) Está usted en su juicio? Apártese usted... habráse visto!...

CARL. Por el amor de Dios abra usted esa puerta .. ah! ya vuelve... ya se le pasó... (*bajo á Teresa.*) No tengas miedo; estoy yo aqui. (*Lorenza ha abierto una puerta.*)

TER. (*levantándose.*) No ha sido nada.

LORE. Ah! ya no me queda duda de que tenias en Málaga algun cuidado.

TER. Yo?

LORE. Tú! Escusado es que lo niegues; ademas de lo que he visto me lo escribió la señora en cuya casa estabas.

CARL. (Chismosa!...)

LORE. Algun calavera... algun libertino de los muchos que hay.

CARL. Eso si que no.

LORE. Qué dice usted?

CARL. Digo que sienta usted proposiciones algo...

LORE. Y á usted que le importa? Tenga usted la bondad de dejarnos; hablamos de asuntos de

familia.

CARL. No me opongo; pero eso de calavera y libertino se dice fácilmente cuando no se conoce....

LORE. Tendrá usted razon, pero le repito...

CARL. Entiendo... mas la justicia exige... y como la justicia es mi norte... Y se calumnia á un joven, en ese caso...

LORE. En ese caso suplico á usted que nos deje en paz.

CARL. Corriente; pero cuidado con calumniar à nadie, yo no lo puedo permitir. (*va à la mesa coge la cortina y la examina.*)

LORE. (*á Teresa.*) Mira, Teresa, si reusas ese enlace, perdemos el único recurso que nos queda... No lo siento por mi, sino por ti que eres joven y bonita, y pudieras verte espuesta... y por quién?... por un bribon que solo habrá tratado de seducirte.

CARL. (*sin dejar la cortina que arruga y se rodea al brazo durante el resto de la escena.*) Señora Lorenza, usted habla sin consultar el entendimiento.

LORE. Otra vez?... Ya no se puede sufrir...

CARL. No lo sufra usted; no me opongo; pero basta ver á esta hermosa niña para conocer que solo puede inspirar una pasion honesta.

LORE. Ta! ta! ta! ta!

CARL. Ese ta! ta! ta! Será una razon si se quiere... pero usted habla de seductores. Conoce usted esa gente? Ha tropezado usted con alguno?

LORE. Yo?

CARL. Ha sido usted alguna vez?..

LORE. (*indignada.*) Caballero!

CARL. Pues en ese caso...

LORE. Ya he dicho á usted y ahora le repito, que tratamos de asuntos de familia.

CARL. Y yo me mezclo en ellos por ventura? Usted hará lo que guste. Otro en mi lugar aconsejaria à usted que no labrára la desgracia de dos jòvenes, sin darles tiempo para arrepentirse, digámoslo asi, de haberse amado... le aconsejaria tambien que fuera usted á verse con don Bonifacio, y que le pidiera un plazo de algunos dias. (*con intencion mirando à Teresa.*) Con quince tendrian bastante los muchachos para conformarse con su suerte.

LORE. (*cruzándose de brazos.*) Ha acabado usted?

CARL. Ya hace rato; (*haciendo señas á Teresa.*) y tanto mas, cuanto que su ahijada de usted podrá mucho mejor que yo...

TER. Tiene razon este caballero, si pudiera usted conseguir un plazo...

LORE. Lo probaré: voy ahora mismo à ver á don Bonifacio... pero si no lo consigo, espero que consentirás...

CARL. Pues no lo ha de conseguir usted? No faltaba mas.

LORE. (*encogiéndose de hombros.*) Allá veremos: ve á vestirte por si acaso...

CARL. (*con intencion cogiendo el saco de noche.*) Voy yo á hacer lo mismo para ir á entregar unas cartas que corren mucha prisa. (*hace señas á Teresa.*)

LORE. (Buen viage.)

CARL. Dónde está mi cuarto?

LORE. (*señalando el vestíbulo.*) Arriba en el número 19.

CARL. Gracias. (*vase por el foro.*)

LORE. Anda tú tambien.

TER. Voy. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA XII.

LORENZA, *despues* CARNICER.

LORE. (*encerrando la ropa en el gabinete de la derecha.*) Los amorios de esta muchacha me tienen en brasas. Si don Bonifacio lo llegára á saber...

CARN. (*que sale por el foro viniendo de la derecha y riendo*) Ah! ah! (*al bastidor.*) Si, señor, don Cristóbal... no hay mas que hablar...

LORE. Ah! es el tio de doña Luisita? Le habrá dado alguna nueva mania.

CARN. Y famosa: se ha empeñado en que le he de vender mi petaca en mil reales, y yo quiero dos mil... (*riendo.*) Ah! ah! me ha tenido una hora con esa cantinela... Pero diga usted, señora Lorenza, no se come hoy en esta casa?

LORE. Ahora mismo.

CARN. Pondrá usted tres cubiertos mas, para el comandante Figueroa y dos amigos, á quienes he ganado la fonda. Despues de comer jugaremos el café y copas!... Ah! comerá tambien con nosotros en la mesa redonda ese mocito que ha llegado hoy?

LORE. Por supuesto.

CARN. Me alegro: pasaremos un buen rato; nos divertiremos á costa suya.

LORE. Por Dios, señor Carnicer... Ya sabe usted que sus chanzas siempre acaban mal...

CARN. Buen cuidado me dá á mi.

LORE. Se desacredita mi fonda.

CARN. No parece sino que soy un camorrista de profesion, y que lo echo todo à rodar...

LORE. No digo tanto... pero...

CARN. Pero?... si lo fuera, me parece que esta mañana he tenido ocasion de sobra para acusarle las cuarenta al nuevo huèsped.

LORE. Como estaba delante la señorita Luisa...

CARN. Le he dejado hablar cuanto ha querido; luego tomaré la revancha...

LORE. Qué dice usted?

CARN. No hay que asustarse: no llegará la sangre al rio, me habia yo de batir con un ente como ese! (*riendo.*) ah! ah! ah!

ESCENA XIII.

Dichos, D. CRISTOBAL *por el foro.*

CRIS. Buen dia ha amanecido hoy para mi: ya he hecho un negocio soberbio; en seis pesetas he comprado un sombrero y un corte de vestido. (*à la señora Lorenza.*) Lo vuelvo á vender: cuanto me dá usted?

LORE. (*que ha cogido la mantilla.*) Luego hablaremos: ahora tengo que hacer (*vase.*)

CARN. (*siguiendole hasta la puerta.*) No se olvide la comida.

CRIS. La comida! cuánto vale? La compro con mesa y casa? Doy por todo cuatrocientos mil reales en metálico contante y sonante.

ESCENA XIV.

CARNICER, D. CRISTOBAL, CARLOS *vestido con elegancia.*

CARL. (*que sale por la puerta de la izquierda poniéndose los guantes.*) Eh? (*Mira á don Cristóbal.*)

CRIS. (*á Carnicer.*). Antes de ayer he pagado al otro. (*va á sentarse al lado de la mesa, saca los papeles, se los coloca encima de la rodilla, escribe y calcula.*) Conque usted está resuelto á abandonar el comercio.

CARN. (*riendo.*) Qué remedio?

CRIS. Hace usted mal. Vamos á ver, me quedan todavia ochocientos cincuenta y seis mil reales!

CARL. (*ap.*) Sopla! con unos cuantos capitalistas como este que haya en la ciudad....

CRIS. (*calculando y sin dejar de hacer números.*) Esta suma está mal: este cinco debe ser siete... y por lo tanto son ochocientos setenta y cuatro mil reales... no es eso?

CARN. (*siguiendo la manía del loco.*) Cabal.

CARL. (No me atrevo... Y porque no he de atreverme?) (*tosiendo.*) Hum! (*á Carnicer.*) Chit!... (*señalando á don Cristóbal.*) Le conoce usted?

CARN. Al señor?

CARL. Es comerciante?

CARN. Si... tiene... (*como si se le ocurriese una idea de pronto.*) Oh!... Usted querrá?...

CARL. Cree usted que podremos hacer algo?...

CARN. Quién lo duda... (No podia llegar mas á tiempo... el bueno de don Cristóbal estará en sus glorias... voy á hacer felices á los dos.) Quiere usted que le presente?

CARL. Me hará usted un especial favor, mi coronel! (*Carnicer hace un gesto.*) Digame usted (*señalando á don Cristóbal.*) Hay lastre?

CARN. Es el comerciante mas rico de la ciudad; no sabe lo que tiene.

CARL. Ola!

CARN. Ni lo sabe nadie. Venga usted.

CARL. (*siguiéndole.*) Es muy amable el coronel....

CARN. (*á don Cristóbal que escribe.*) Señor don Cristóbal...

CRIS. Qué hay?

CARN. El señor es un amigo mio, (*Cárlos le dá la mano.*) dependiente de la casa de comercio de Málaga...

CARL. (*saludando*) Barredo y compañía,

CRIS. (*recordando.*) Barredo!... Barredo!... ah! si, la conozco: buena casa; antigua y de crédito! (*levantándose.*) Caballero, tengo mucho gusto.

CARL. (*saludando.*) Oh! yo soy quien debo darme el parabien de entrar en relaciones con un comerciante cuyo apellido tan conocido... (*á Carnicer.*) Cómo se llama?

CARN. (*por lo bajo.*) Torrebona.

CARL. (*id.*) Ah! si... me parece...

CRIS. ¿Qué decia usted de mi apellido?

CARL. (*gritando con énfasis.*) Oh! el apellido de Torrebona! la firma de Torrebona!... Daria cuanto tengo con solo ver la inicial de su nombre de usted.

CRIS. (*saludando.*) Tanta confianza me honra.

CARL. La merece el comerciante hábil, el millonario célebre, que... como iba diciendo... hum, hum... (*óyese una campana.*) Maldita campana!

CARN. (*pasando entre los dos.*) La campana me llama al comedor. Mi permanencia aqui ya es inútil: estan ustedes de acuerdo; me retiro. (*por lo bajo á Cárlos.*) No estaria de mas que le convidara usted á comer.., los dos solitos.... usted me entiende?... Cuando bebe un poco, se hace de él lo que se quiere.

CARL. (*bajo á Carnicer.*) No me disgusta la idea, y voy á encargar...

CARN. (*id.*) No se moleste usted, yo lo diré... (*va á salir y vuelve.*) Ah! se me olvidaba prevenir á usted que padece distracciones... hay momentos en que confunde las especies, y en que se embrolla...

CARL. No lo estraño en un hombre que tiene tantos negocios.

CARN. Pero si usted sabe manejarse sacará partido de él.

CARL. Estoy á usted muy agradecido.

CARN. No hay motivo. (Si no fuera porque mis amigos me esperan como gozaria!... Pero no los perderé de vista.) (*á Cárlos.*) Me alegraré que consiga usted su objeto.

CARL. Muchas gracias, mi coronel.

CARN. (Llámame coronel, general, cuanto quieras, ahora me las pagarás todas juntas.) Hasta luego.

CARL. Vaya usted con Dios.

ESCENA XV.

CARLOS, D. CRISTOBAL.

CARL. (*para si.*) Manos á la obra. Ahora vamos á ver, don Carlitos, cómo se porta usted... mejor ocasion no se le ha de presentar á usted para hacer su negocio... y el de esa pobre Teresa... (*mirando á don Cristóbal.*) Ochocientos setenta mil reales que no sabe cómo emplear.. que no sabe como emplear!... para que se verifique que nadie es completamente dichoso en este mundo!... que todos tenemos, quién mas, quién menos, nuestros quebraderos de cabeza. (*mirándole.*) No hay mas que mirarle para conocer al hombre que ha pasado su vida haciendo grandes especulaciones! Cómo calcúla!... Con que facilidad enjareta columnas de guarismos! (*don Cristóbal escribe.*) Qué hermosa cabeza!... Digo hermosa... como máquina... por dentro. (*aparecen dos criados con una mesa puesta.*) Ah! muy bien!... veamos. (*examina la mesa.*) Ola! ola!... parece que el coronel ha tirado de largo... Ba! no importa... si logro mi deseo... (*á los mozos.*) Despejad. (*vanse los mozos. A don Cristóbal.*) Señor mio, quisiera proponer á usted...

CRIS. Algun negocio?... Con mucho gusto. (*para si escribiendo.*) Total ciento ochenta sacas de algodon de Egipto.

CALB. Es hora de comer, y si usted se dignase hacer penitencia conmigo, podriamos hablar despacio.

CRIS. Con mucho gusto. (*examina sus papeles.*)

CARL. (No es orgulloso.)

CRIS. (*examinando sus papeles.*) No, no es eso. (*Cárlos sobresaltado.*) Ciento noventa, son ciento noventa sacas.

CARL. (Parece que se está ocupando de una operacion en grande sobre algodones.) (*señalando la mesa.*) Señor mio...

CRIS. (*sentándose á la mesa y colocando á su lado la cartera.*) Soy con usted: deciamos que se trata de un cargamento de algodon.

CARL. (*sirviendo á D. Cristóbal.*) No señor, el algodon es para mi, genero de ilicito comercio... viajo por los vinos de Jerez y de Málaga... Son de superior calidad... Oh! (*dá un chasquido con la lengua.*)

CRIS. (*comiendo.*) Ah! muy bien... hubiera preferido algodon, porque en el dia es muy buscado.

CARL. (*con énfasis.*) Y dónde me deja usted el vino!... Todo el mundo lo busca, todo el mundo lo bebe... ó quiere beberlo... El vino! el vino es el amigo del hombre!... es lo que nos dá la vida!... y sin el vino. (*llenando la copa de D. Cristóbal.*) Vaya un traguito... sin el vino, y sobre todo el de Jerez, la triste humanidad no encontraria en la existencia mas que un manantial de amargos sinsabores. (*se limpia los labios con la servilleta á estilo de predicador.*)

CRIS. (*despues de haber bebido.*) Opino como usted, pero las últimas cartas de mis corresponsales de Alejandria y del Cairo me avisan que este año la calidad de los algodones del bajo Egipto...

CARL (Si será sordo.) (*gritando.*) Que vendo vino de Jerez y Málaga. De Málaga y Jerez, lo entiende usted?

CRIS. Ah! si, vino, vino... creia que era algodon.

CARL. (Dale con el algodon; no puede negar que es catalan... Tampoco lo estraño... las distracciones que padece segun me dijo el Coronel.)

CRIS. (*con viveza.*) Vamos á ver, y qué precio tienen esos vinos?

CARL. (*yendo á buscar una escribania.*) El Jerez seco del año 39 á seiscientos cuarenta reales la pipa de ocho arrobas.

CRIS. (*con ironia.*) Del año 1839 á 640 reales? Algo caro me parece. Aun no hace quince dias que recibí una partida de la Jamaica.

CARL. (*que iba á beber se detiene.*) De vino de Jerez?

CRIS. Pues señor lo pago á seiscientos reales y tomo quinientas... sacas.

CARL. (Volvemos á las andadas.) Permítame usted: usted confunde las especies... Estamos hablando de vino... de vino de Jerez.

CRIS. Quién lo duda? Eso mismo digo yo.

CARL. (*para sí.*) Gracias á Dios que nos entendemos.

CRIS. (*que estaba escribiendo, se detiene.*) He dicho, quinientas.

CARL. Pipas?

CRIS. Eso es.

CARL. De vino?

CRIS. (*con impaciencia.*) Es claro.

CARL. De Jerez?

CRIS. (*con furia.*) Si señor.

CARL. (*enjugándose el sudor.*) Jesus, y lo que sudo.

CRIS. Importa el total?

CARL. (*calculando.*) Quinientas pipas á 600 reales importan trescientos mil reales.

CRIS Doy, doscientos noventa mil.

CARL. (*levantándose.*) Advierta usted, que hemos convenido...

CRIS. Decida usted pronto: me esperan en el puerto... Doscientos noventa mil; si conviene bien, sino...

CARL. (*sentándose vivamente y escribiendo.*) Conviene, conviene: no hay mas que hablar. (Estos comerciantes en grande, tratan los negocios con una prontitud... Doscientos noventa mil reales! Y yo tengo el cinco por ciento!... Oh! Teresita!... al fin vamos á salir de penas...)

CRIS. (*dejando de escribir.*) Digo yo... vino ahora con está calor... puf! puf!

CARL. (*asustado.*) (Ay Dios mio!) (*apresurándose á concluir y presentando á D. Cristóbal lo que acaba de escribir.*) Aqui tiene usted el pedido de las quinientas pipas; sirvase usted firmarlo.

CRIS. Bien; veamos... aguarde usted... (*examina la nota y mientras tanto Cárlos escoge una pluma del tintero y manifiesta la mayor ansiedad.*)

CARL. (No me llega la camisa al cuerpo.) (*viendo que D. Cristóbal firma coge el papel.*)

CRIS. (*quitándole el papel.*) Espere usted... Traiga usted... falta la rúbrica.

CARL. (*dándole escasamente tiempo para acabar de firmar.*) Al fin está en mi poder... Que susto me ha dado! (*retira la mesa al foro.*)

CRIS. (*escribiendo de pie en su cartera.*) Doscientos noventa mil reales... incluso el flete hasta Mataró.

CARL. (*que retiraba las sillas.*) Perdone usted, no hemos hablado de...

CRIS. Y le pago á usted sobre la marcha.

CARL. (*con viveza.*) Corriente. (¡Que felicidad!)

CRIS. Muy bien! Voy á casa de mi banquero... si, eso es... allí espero á usted... usted le conocerá?

CARL. Cómo se llama?

CRIS. Novellas. El banquero Novellas; vive á dos puertas de aqui, en la calle de Barcelona. Toma usted la de la Riera... y la segunda á mano derecha... no, está á la izquierda... en fin, enfrente de la fuente... desde aqui se vé... ahi cerquita...

CARL. (Ahi cerca, la segunda calle...) Si, si... El banquero Novellas. (No le conozco: preguntaré.)

CRIS. Allí espero á usted con la carta de entrega... y con una mano la recibo y con la otra le doy á usted un pagaré á doce dias, firmado por mí... le bastará á usted mi firma?

CARL. Por supuesto.

CRIS. Hasta luego: es negocio concluido.

CARL. (*acompañándole.*) Y espero que no será el último.

CRIS. Y yo tambien lo espero: nunca me faltarán algunos miles de duros que poner á disposicion de usted en el momento que le convenga.

CARL. Pues dispénseme usted si le confieso que me harian muy al caso.

CRIS. Ah! pues no pase usted cuidado alguno. (*alargándole la mano.*) Mis afectuosos recuerdos á su señor padre. (*sale por el foro y por la derecha.*)

ESCENA XVI.

CARLOS.

(*siguiéndole con la vista y enajenado de gozo.*) Esto vá viento en popa. ¿Habráse visto hom-

bre mas bello, mas generoso?... Es nuestro salvador; y merece que le colmemos de bendiciones. (*bajando al proscenio.*) Pues, señor: un pagaré á doce dias de 290,000 reales, me deja mas de catorce mil de beneficio. Vamos: no es mal negocio... ¡oh! es soberbio!... Teresilla! Teresilla! El hombre ha hecho bien en marcharse: ya no podia contenerme; y de buena gana le hubiera dado un abrazo... pero he temido que me tuviese por loco.

ESCENA XVII.

CARLOS, LORENZA, *y despues* TERESA.

(*Lorenza entra por el fondo.*)

CARL. (*saliendo aceleradamente al encuentro de Lorenza para si.*) Mi madrina! (*á ella.*) Venga usted; venga usted acá. (*la coje de la mano, y la lleva al proscenio.*)

LORE. Qué ocurre? Qué es lo que hay?

CARL. Hay... hay... se lo diré á usted cuando venga Teresita. Pero... ya está aqui. (*entra por la izquierda llorosa y despeinada dirigiendose á ella.*) Calla! pero, ¿qué es lo que veo? ¿Ha habido lágrimas? (*limpiándola los ojos con su pañuelo.*) Vamos, vamos: no hay que apresadumbrarse.

LORE. Oiga usted, caballerito: ¿qué modales son esos? (*á Teresa.*) Niña, vente conmigo; nos está esperando D. Bonifacio.

CARL. (*deteniéndola.*) D. Bonifacio?... ¿quién se acuerda ya de D. Bonifacio? Cuentele usted con los difuntos... como si le hubiera tragado la tierra. A D. Bonifacio no se le hace caso; se le paga, y se le envia á paseo. Sí, señora; y para eso yo suministraré el dinero.

TER. Cómo?

LORE. Cómo?

CARL. No hay mas; lo dicho. (*á Teresa.*) En este momento puedo disponer de dos mil reales y luego de 290,000 pipas... quiero decir... no, no, Jesus! Otro embrollo iba yo armando como el del viejo. Tengo á razon del 5 por 100 unos 14000 reales para mi. (*á Lorenza.*) Y yo se los doy á usted.

LORE. Usted se burla!

CARL. No me burlo; no señora... Se los doy á usted.

TER. ¿Es posible...

CARL. Y tan posible. Un rico capitalista, un hombre mas poderoso que Rotchild, que se ha hecho mi mayor amigo... aunque esto ya te lo contaré despues... lo esencial es que yo he asegurado mi fortuna. (*á Lorenza.*) Y usted la suya! (*á Teresa.*) Y tú tambien, y todos, todos, todos. Qué! si alegron mas completo!... Ea! dame un abrazo!

LORE. (*poniéndose en medio.*) ¿Cómo se entiende...

CARL. Pues, ¿qué tiene de particular? Pero es verdad... se me habia olvidado... usted todavia no sabe... Pues bien: acabaron los misterios: puedo decirlo á la faz de toda Mataró: el joven de que habló usted antes, el calavera, el seductor... es un servidor de usted.

LORE. Usted?

CARL. Ni mas, ni menos; si señora: un año hace que adoro á esa niña con el mayor respeto... y con el mismo seremos marido y muger dentro de quince dias.

LORE. ¿Y usted paga á D. Bonifacio?...

CARL. Todo su crédito, si señora. Y luego hago restaurar esta casa... y la lleno de pinturas de la edad media, de cosas que se hayan hecho 3000 años, de todo lo mas moderno que se encuentre. Ya verán ustedes en lo que va á convertirse esto.

TER. Y usted será gustosa, ¿no es verdad, madrina?

LORE. Muger, si quedamos libres... Ah, D. Bonifacio! maldito judio! usurero!... Con tal de poder desembuchar de una vez lo que hace ya tanto tiempo... cerca de seis meses... que tengo gana de decirle...

CAR. «Quítese usted de ahí!» No es eso?

LORE. ¿Conque voy á deberle á usted este favor?... Vaya un abrazo!

CARL. Vaya! (*abrazándola estrechamente.*) Por no desobedecer á usted... (*á Teresa dándole el brazo.*) Pronto, vamos á salir; tengo aqui dos mil reales para gastos de viage, y voy á emplearlos todos en sortijas, collares, pendientes... Ya verás que guapa vás con una cruzecita de oro, que yo mismo te he de poner al cuello... (*á Lorenza.*) Y usted tambien. (*ofreciéndole el otro brazo.*) Y pasaremos por debajo de los balcones de D. Bonifacio, y le haremos un jesto como quien dice: anda, que ya no nos das cuidado.

LORE. Esa es muy buena idea... rebentará de rabia.

CARL. Déjele usted que rebiente.

TER. (*mirando á Carlos con ternura.*) Que chico tan guapo! Que afortunada soy!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardin. A la derecha una pieza que sirve de sala de villar, á la cual se sube por unas gradas de cuatro ó cinco escalones. En el fondo un pozo, á la izquierda un arbol y una mesa; á la izquierda, en el proscenio otra mesa y sillas de jardin. Calles de árboles que se estienden á derecha é izquierda. Una pared de fondo; la fonda se supone á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CARNICER, EL COMANDANTE, *varios* JOVENES.

Cada uno de ellos tiene un vaso en la mano, y estan sentados al rededor de la mesa, encima de la cual hay una ponchera.

JOVEN 1.° Pues, señor, bebamos á la salud de ese pobre diablo que se cree ya rico con el dinero de D. Cristóbal.

JOVEN 2.° Vaya! Vaya! que ha sido una ocurrencia feliz.

JOVEN 3.° Pero, ¡que satisfecho oirá él al loco de D. Cristóbal ponderar sus tesoros y el cúmulo de negocios en que se ocupa! (*risa general.*)

COM. (*á Carnicer.*) Ya: por eso cuando estábamos comiendo se levantó usted dos ó tres veces, y vino descoyuntándose de risa.

CARN. Iba á espiar el campo.

COM. Nada: usted lo mismo que siempre... chasqueando á todo el que puede. Y es mal hecho, porque el pobre muchacho...

CARN. Bah! Bah! Pues de algun modo ha de divertirse uno. (*mirando al rededor.*) Y en verdad, que quisiera ver otra vez á mi hombre.

COM. Deje usted ya esa broma, y denos usted el desquite de lo que nos ha ganado.

CARN. No hay inconveniente: vamos allá. Tres partidas y doblando.

TODOS. Está dicho.

CARN. (*mirando hacia la pieza del villar.*) Pues no perdamos tiempo... Pero entra gente por el otro lado, y nos van á tomar la mesa... bien, que nos la cederán al punto como digais que yo la tengo apalabrada. Vamos andad listos. (*suben los escalones, y se entran; llamando hácia el lado de la fonda.*) Muchacho! señora Lorenza! Tere...

ESCENA II.

Dichos, LORENZA, *sale por la izquierda.*

LORE. Ya estoy aqui! (*desde la entrada.*) Si señor! si señor! un petate, un grandisimo tacaño; lo diré cien veces... Cómo? Amenazas á mi? Buen caso hago yo! ¿Cree usted que no puedo pagarle? Pues ya lo verá usted... pero márchase usted de aqui!

CARN. Con quien habla esa energúmena?... Señora Lorenza!

LORE. Servidora de usted... Es D. Bonifacio que... (*volviendo á mirar afuera.*) Cómo? Que me ha de pesar? Y á mi ahijada tambien? (*riendose.*) Ah! ah! Por supuesto.— Nos meterá usted la camisa por una manga... vaya un marido que se echaba la muchacha... ah! ah!

CARN. (*llegando á ella y cogiendola por el brazo.*) Señora Lorenza!... A ver si calla usted... otras dos botellas de cerveza, allí, al villar. (*sube la escalera y se entra.*)

LORE. Van al instante, caballero. (*respirando con fuerza.*) Uf!=que ancha se queda una! Gracias á Dios que me he desahogado! (*llamando.*) Francisco! Teresa!

ESCENA III.

LORENZA, TERESA.

LORE. (*á Teresa que entra con un muchacho señalando á los vasos y la ponchera.*) Ayúdame á llevar esto... ¿Se ha ido ya? (*sale el muchacho con los vasos.*)

TER. Quién? D. Bonifacio? Ya se fué, gracias á Dios; pero que furioso! Ha hecho usted mal en hostigarle tanto.

LORE. Pues aun no le he dicho la mitad de lo que merece.

TER. Para eso queria usted que me casase con él!

LORE. Ya, como que entonces no habia otro remedio! Pero bastante lo sentia.

TER. Solo me consuela que ya es imposible semejante boda, porque despues de los improperios que usted le ha dicho...

LORE. Es claro, ya no podeis casaros; por eso acabo de arreglarle su cuenta por completo, con capital é intereses. En breve quedaremos sin este cuidado, pues lo demas que le debo se lo diré la primera vez que le eche la vista encima. Ahora solo falta que tú compinche...

TER. Cárlos?

LORE. Si; no me disgusta ese muchacho... un poco tronerilla, pero se conoce que no tiene nada suyo. En fin, veremos si nos trae pronto el dinero.

TER. Ah! cuando él ha dado su palabra...

LORE. Por eso estoy tranquila... y luego con los regalos que te ha hecho, la cruz, los pendientes, y á mi la cadena de oro y el alfiler, en prueba (*riendo.*) de su *simpatia*, como dice con mucha gracia, no puedo mirarle con desconfianza .. Sin embargo, me parece que tarda ya algo.

TER. Le habrá entretenido el sugeto á quien buscaba.

LORE. Lo malo seria que ocurriese algun entorpecimiento... porque como he dicho á don Bonifacio que antes de una hora estaria el dinero en la escribania...

TER. (*que se ha dirigido á mirar por la izquierda.*) Y lo estará, no lo dude usted: ya viene ahí Cárlos.

LORE. Gracias á Dios!.. pues aunque no te decia nada, porque sé dominarme, iba ya teniendo mis recelos...

ESCENA IV.

Dichos, CARLOS.

CARL. (*algo pensativo.*) (Es cosa particular! No es posible dar con este diablo de banquero.)

TER. Cárlos!

CARL. Por mas que he preguntado: diga usted, el señor Novellas? No le conozco... Girante?.. No sé.

TER. Cárlos! Estás sordo?

CARL. Ah! Ustedes aqui!.. no, no... sino que venia pensando en un negocio...

TER. En otro ademas?.. Por eso has tardado tanto?

CARL. Pues qué! No tenia que escribir á mi principal de Málaga y despues estender la carta de entrega?

TER. Es verdad.

LORE. Precisamente.

TER. Pero...

LORE. Pero...

CARL. Pero qué?.. qué tienen ustedes? Hay algo de nuevo?

TER. Nada... sino que como tú debias facilitar el dinero...

LORE. Pues: el dinero. Para pagar á don Bonifacio...

CARL. (*como quien viene en su acuerdo.*) Ah! si... si... el dinero... es verdad... ya no me acordaba.

TER. (*á Lorenza.*) Ya no se acordaba.

LORE. (*tranquilizándose.*) Eso es otra cosa... De manera que lo que es el dinero no hará falta?

CARL. Qué ha de hacer?

TER. y LORE. (*respirando.*) Ah!

CARL. Es decir, de aqui á pocos momentos.... (*sorpresa en ambas.*) en realidad ya lo tengo... aunque bien mirado no lo tengo... por lo de-

mas es lo mismo que si lo tuviese, porque tardaré muy poco en tenerlo.

LORE. Conque es decir que está usted seguro...

CARL. Si estoy seguro!.. vaya una pregunta! Pues no faltaba mas. Cuando digo que acabo de estender la carta de entrega, y que todo está corriente, en regla... Ya ven ustedes?... seria menester... y tanto mas... á propósito, conocen ustedes al señor Novellas?

LORE. Novellas?.. No... yo no conozco...

CARL. Pues ¿no le ha de conocer usted? Novellas, un girante...

LORE. Girante? Espere usted... uno hay ahi...

CARL. (*con muestras de alegria.*) Ahi, eh? Lo vé usted?

LORE. Pero no se llama Novellas; se llama... Marguerit.

CARL. Qué Marguerit! Le pregunto por Novellas y salé con Marguerit. (*con impaciencia.*) Novellas del comercio, calle de Barcelona.

LOR. Pues, señor; no le conozco.

CARL. (*á Teresa.*) Entrando por la de la Riera.

TERE. No le conozco.

CARL. Frente por frente de la fuente... Tampoco?

LORE. No señor, no sé quién es.

TER. Ni yo.

LORE. No hay por aqui ninguno que se llame asi: ¿verdad, Teresa?

TERE. Ninguno.

CARL. Pues yo digo que si. Vamos, hagan ustedes memoria. Conque no conocen ustedes ni á la gente de su barrio? (Tambien el otro dá unas buenas señas. Demonio de viejo!)

LORE. Pero diga usted: le interesa á usted mucho saber de ese sugeto?

CARL. (*con prontitud.*) Si me interesa! (*disimulando.*) Es decir me interesa, y no me interesa... me interesa... por cierta comision...

LORE. (*óyese ruido dentro de la casa.*) Qué es eso? calle usted; voy corriendo á ver... (*deteniendose y parándose á escuchar.*) Pero, señor, qué ruido?.

TER. (*que se ha acercado al fondo.*) Yo se lo dirè á usted. (*sale corriendo por la izquierda.*)

CARN. (*acercándose á la puerta del villar.*) Señora Lorenza... y la cerveza?

LORE. Ay Dios mio! se me habia olvidado!.. và al instante.

TER. (*saliendo precipitadamente.*) Madrina, madrina... venga usted corriendo.

LORE. Qué hay?

TER. La justicia... que viene á hacer el embargo por la deuda de don Bonifacio.

LORE. (*á Cárlos.*) No lo dige yo? Ahi tiene usted.

TER. Vamos, Cárlos.

CARL. (*turbado.*) Es verdad... voy, voy. (*viendo á don Cristóbal.*) Ah! ya está aqui mi hombre. (*á ella.*) No tengan ustedes cuidado, que todo se compondrá. Digan ustedes que se pagará; que es cosa de diez minutos nada mas.

LORE. y TER. Es que...

CARL. Nada, nada: yo respondo de todo; se pagará á la vista. Soy con ustedes antes de diez minutos. (*salen Lorenza y Teresa por la izquierda.*)

ESCENA V.

CARLOS, *despues* D. CRISTOBAL.

CARL. Gracias á Dios! Bien puede decir que llega á tiempo, porque yo ya no sabia como componerme... (*mirando á don Cristóbal que entra por el fondo abriendo una enorme cartera.*) Qué es lo que trae?.. ah! una cartera. Cáspita! que algunas libranzas puede llevar en ella.

CRIS. (*cerrando la cartera y guardándosela en el bolsillo.*) Es cuenta justa.

CARL. Si, pero conque las tengas en tu bolsillo, y yo no participe... (*saludándole afectuosamente.*) Caballero...

CRIS. Beso á usted la mano.

CARL. Si viene usted de casa su banquero, habrá usted estrañado no encontrarme... pero...

CRIS. Desearia saber á quien tengo el honor de...

CARL. A Cárlos Lopez, el comisionado de la casa de Barredo y compañia.

CRIS. Barredo y compañia... ah! si, si... el vino de Málaga.

CARL. Y el Jerez! (*gritando.*) El Jerez!

CRIS. Muy bien.

CARL. Muy bien, si señor; pero le agradeceria á usted... que cuanto antes saliésemos de nuestra cuenta.

CRIS. Casa respetable, muy conocida en todas partes...

CARL. (*repitiendo con fuerza.*) Que cuanto antes saliésemos de la cuenta de esta mañana.

CRIS. Ah! si, si... la cuenta... perdone usted; tengo una memoria tan fatal...

CARL. (No, no es de las mas dichosas.)

CRIS. (*sacando el libro de memorias.*) Pero deje usted... por fortuna lo apunto todo... Ya vé usted como compro tanto! A ver... dos vestidos, un sombrero...

CARL. No señor: vino!

CRIS. Pólvora!

CARL. Jerez!

CARN. Vino de Jerez.. aqui está.

CARL. Gracias á Dios... (Entes raros he visto, pero como este...)

CRIS. Con que quedamos en...

CARL. 290,000 rs... y aqui tiene usted la carta de entrega.

CRIS. (*guardándosela en el bolsillo.*) Corriente; corriente; está bien... Si quiere usted volverse mañana, saldremos de una vez.

CARL. (Mañana! Estamos frescos! (*á él.*) Perdone usted, caballero... como me habia usted prometido que hoy mismo...

CRIS. Hoy mismo? por què no? A mi me es indiferente... Tiene usted priesa?

CARL. Lo que es priesa... enteramente no; al contrario... pero si pudiese ser desde luego... me falta un poco de metálico, y con su firma de usted...

CRIS. Metálico, dice usted?

CARL. Aunque fuera á descuento...

CRIS. (*sacando su cartera y sentándose junto á la mesa.*) Eso no; yo no descuento nunca; estoy siempre dispuesto á complacer... (*dándole un papel doblado.*) Ahi tiene usted por el pronto.

CARL. (*examinando el papel.*) Qué es esto...

CRIS. (*dándole otro papel.*) Y si no basta, ese billete del banco.
CARL. (*cogiéndole con ansiedad.*) Venga. (*examinándole.*) pero... dígame usted... esto no es...
CRIS. Aun no está usted contento? (*dándole otro papel.*) Pues tenga usted mas.
CARL. (*rechazando su mano.*) Perdone usted; á mi me gustan las chanzas... en otras cosas... pero en negocios, yo no me chanceo jamas.
CRIS. (*picado.*) Es decir... que usted desconfia... que se niega usted...
CARL. Déjeme usted en paz... Soy yo algun majadero?.. Vamos á ver... quién cree usted que soy yo, para venirse con esos papeles llenos de números?
CRIS. (*alzando la voz.*) Pero, señor mio, representan valores...
CARL. Qué valores?
CRIS. Es decir que no los admite usted?

ESCENA VI.

Dichos, CARNICER *y sus amigos.*

CARN. (*á la puerta del villar.*) Calla! calla! (*hace seña á los demas y todos se asoman.*)
CRIS. (*con dignidad y cerrando la cartera.*) Eso se pierde usted; yo no tengo otros.
CARL. No tiene usted otros?.. Pues sepa usted que si he tenido paciencia hasta ahora ya me va faltando. ¿Me ha tomado usted por juguete? Pues agradézcalo usted á sus años, que sino...
CARN. y AMIGOS. (*riendo.*) Ah, ah, ah!
CARL. (*levantando la cabeza y viéndoles.*) Cómo?.. qué es eso? (*á don Cristóbal que se marcha interceptándole el paso.*) Caballero...
CRIS. Déjeme usted.
CARL. Cuando pague usted. (*le coge del brazo.*)
CRIS. (*esforzándose por desasirse.*) A ver si me deja usted...
CARN. (*riendo.*) Pero, hombre, qué necio es usted! Déjele usted... ¿no ha conocido aun que está hablando con un loco?
CARL. (*irritándose de pronto y soltando á don Cristóbal que se va por la izquierda.*) Ah! conque está loco?
CARN. y LOS DEMAS. (*riendo á carcajadas.*) Ah, ah! pobre tonto! Qué chasco se ha llevado. (*entran en el villar y se les oye segunda risotada.*)

ESCENA VII.

CARLOS, FERNANDO.

CARL. (*pensativo y señalando á lo lejos á don Cristóbal,*) Está loco!
FER. Qué duda tiene?
CARL. Luego es decir que he sido... que ellos me... y esas pobres mugeres... (*furioso.*) Ah! (*se dirige corriendo al villar y sube precipitadamente los escalones.*)
FER. Cárlos! Cárlos! que puede ser... (*al entrar Cárlos en el villar vuelven á oirse las carcajadas.*) A quién irá á buscar? (*óyese alguna palabra pronunciada con acaloramiento y despues suena un bofeton.*) Cielos, una bofetada! (*cesan las risotadas y dan voces á Carnicer como conteniéndole. Sale otra vez Carlos y baja los escalones.*) Carnicer! Dios mio! (*á Carlos.*) Qué es lo que has hecho?
CARL. (*en escena.*) Anda, Fernando, anda... y arréglalo como gustes; doy por hecho lo que dispongas; (*deteniéndole.*) pero mira... ha de morir uno de los dos.
FER. Cielos! (*consternado.*)
CARL. Anda, anda. (*entra Fernando en el villar.*)

ESCENA VIII.

CARLOS, *solo.*

Si, es preciso, y yo le enseñaré... No saber que estaba loco!.. (*señalando la ventana.*) Y el otro allí con sus amigos divirtiéndose á mi costa... Oh! lo que mas siento es lo que se reirán las gentes de mi cuando sepan el caso... y luego mi principal, que recibirá mi carta de aviso, y verá despues... Perderé mi colocacion, no hallaré otra, serviré de asunto á la mofa, á la irrision... Ah! y no habia de vengarme!.. Aunque no me hubiese tratado como á un imbécil... imbécil! Bien mirado harto lo he sido. Pero no... porque en realidad, ¿qué motivos tenia yo para desconfiar... llego aquí, veo un coronel que parece un guapo chico, alegre, franco como yo... y despues, ¿quién lo diria... Pues bien: ahora me toca á mí... y sin embargo, en medio de su bambolla, no es hombre de rehuir un lance... tal vez moriré á sus manos... mas qué importa? Al menos no se reirán de mí... Y por otra parte no quiero vivir.. lo que quiero es poder presentarme con mi cara descubierta: morir un poco antes ó un poco después, no me dá cuidado, (*viendo á Teresa que entra por la izquierda.*) Ah! Teresa! desdichado de mí!.. ya la habia olvidado!

ESCENA IX.

CARLOS, TERESA.

TER. Qué haces aquí solo? Ven, vamos: mi madrina me envia... Iban ya á embargarlo todo, y ha ido á casa del juez á pedir que se suspenda...
CARL. (*preocupado.*) Ah! si si... (Fingiré para que no sospeche...)
TER. Y entre tanto, el dinero... ¿qué haces que no vas á cobrarlo? ¿Por qué no lo has cobrado ya?
CARL. Cobrado... cobrado... tú crees que todo se presenta muy llano en el comercio de giro... entre horterillas sucederá asi, pero entre capitalistas no es lo mismo.
TER. Como tú decias que al momento...
CARL. Ya se vé que al momento. En el comercio en grande, un momento quiere decir algunos dias, dos semanas por egemplo, uno ó dos meses...
TER. (*desconsolada.*) Dos meses!.. Dios mio! Pobres de nosotras! (*se echa á llorar.*) Esperar dos meses!
CARL. No, hija; yo queria decir... vaya, no te aflijas de ese modo. Jesus, qué niña eres! por mas seguridades que dá uno... En fin, ¿quie-

res que vaya á tomar algo á cuenta... (unos seiscientos reales que me han quedado.) (*á ella.*) Di, vamos: quieres...

TER. Yo, ¿qué he de decirte? Si crees que te darán...

CARL. Algo á cuenta? Quién lo duda? Ea, pues, se acabó; enhorabuena: tontita, y para eso hay que desesperarse asi?

TER. (*cogiéndole la mano.*) Ya; pero es que no se trata solo de dinero como esta mañana.

CARL. Pues de qué?

TER. Ese don Bonifacio, que es un hombre como un tigre, ha ido diciendo por todas partes que él era el que me habia dejado á mi, porque habia tenido un novio en Málaga... y todos los conocidos van á saberlo, y sino te sale bien, quedaré perdida.

CARL. Perdida!

TER. Seguro. Comprometida mi reputacion, y luego mi madrina se enfadaria, y no querria tenerme mas... Asi como asi la pobre está ya tan apurada, que sino se arregla... no podrá mantenerme... ¿Qué vá á ser de mi?

CARL. (*con resolucion.*) Eh! Todo eso no vale nada. No estoy yo aqui?

TER. (*cogiéndole la mano con aire de reconocimiento.*) Es verdad... suceda lo que suceda, cumplirás tu palabra, serás mi marido... No?

CARL. Bah! quién pregunta eso?

TER. Y no me dejarás espuesta á las hablillas, á las murmuraciones... nos iremos á Málaga, donde yo volveré á mi oficio, trabajaré, y aunque no seamos ricos, nos querremos tanto... verdad?

CARL. Ya se vé que si... ese es un buen plan...

ESCENA X.

TERESA, CARLOS, FERNANDO.

FER. (*en la puerta del villar.*) No hay mas que hablar, señor comandante. Cárlos admitirá... (*Cárlos se detiene al oir la voz de Fernando y se inmuta completamente.*) Y puesto que el señor Carnicer pasa tambien por ello, nos serviremos de sus pistolas de usted.

TER. Cielos! (*habla en voz baja á Carlos.*)

FER. (*dirigiéndose hácia Carlos sin ver á Teresa.*) Oye, Cárlos.

CARL. (*á Teresa procurando hacer que se aleje.*) Nada, si no es nada... vete, vete; déjanos un momento... (*en voz baja á Fernando.*) Que no se entere.

TER. Pero si ha hablado de pistolas, y del señor Carnicer...

CARL. Chit... Cállate. (*haciendo señas á Fernando.* Cuidado! que no se sepa... (*con misterio.*) Mi amigo Fernando ha tenido una disputa.

TER. (*sobresaltada.*) Con el señor Carnicer! Ah! Dios mio! ya me temia yo que iba á acabar en mal... Pero, y tú, qué tienes que ver...

CARL. Yo? Nada, sino que voy á servir de testigo... Me ha elegido Fernando...

TER. No, don Fernando, no: no se bata usted por Dios! La señorita Luisa que le quiere á usted tanto... La ocasionaria usted la muerte.

FER. Qué dice usted?

TER. Lo que ella me ha prohibido que diga. Si señor: á usted es á quien únicamente ama; á ese loco de Carnicer le detesta: y se lo ocultaba, porque no queria que sucediese lo que acaba de ocurrir.

FER. Qué escucho, será verdad? Qué no lo hubiera sabido antes! No serias tú entonces...

CARL. (*poniéndose entre los dos y apretándole el brazo.*) Cuidado!.. Anda, niña, anda; déjanos solos.

TER. Quieres que muera don Fernando?

CARL. Cómo he de querer eso?

TER. (*llevándole ap.*) Tú no sabes quien es el tal Carnicer; lo diestro y lo ducho que está en toda clase de armas... es hombre que no hierra jamás un golpe ni un tiro.

CARL. (*con alguna turbacion.*) Ah!

TER. Que ha matado ya...

CARL. Ha matado?.. (*recobrando su serenidad y ap.*) Bien: veremos.

TER. Y no encontrareis medio de evitar...

CARL. Si tal, si.., ya veré... (*á Fernando con intencion.*) ¿No es verdad... que vamos á terminar este negocio lo mas pronto posible?

TER. Y si no pudiese ser... Ah! don Fernando, defiéndase usted bien; al menos haga usted todo lo posible para no dejar que le mate...

CARL. Pierde cuidado; eso corre de mi cuenta... (*con enternecimiento.*) pensará en la dicha que le aguarda si sale bien.,. y si por el contrario... (*alteracion en Teresa.*) puedes estar segura de que no habrá consistido ni en él ni en mí... conque vete ya...

TER. Si, me voy...

CARL. (*siguiéndola enternecido.*) Pero te vas asi, Teresa... sin darme un abrazo..? Ah! ya comprendo, como está Fernando delante... No tengas cuidado, es un amigo. (*la abraza.*)

TER. Oh! tú no te batirás nunca... nunca... verdad? Porque al ver lo que me apesadumbro por la pobre señorita... conocerás lo que me sucederia estando yo en su lugar.

CARL. Vamos, hija... qué ocurrencia! Ahora no se trata de eso... Adios, Teresa mia, adios. (*se vuelve y se enjuga los ojos.*)

TER. Mi deber es avisar inmediatamente á doña Luisa. (*sale precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA XI.

CARLOS, FERNANDO.

CARL. (*siguiéndola con la vista.*) Pobrecilla!.. y pensar que tal vez será la última... (*pasándose la mano por la frente como quien procura distraerse.*) Pues, señor: ya estamos solos... conque dices que á pistola?

FER. Carnicer tenia el derecho de elegir armas. ¿Hubieras tú preferido la espada?

CARL. Espada, pistola, fusil, lanza... cualquiera cosa... me dá lo mismo.

FER. Conque manejas todas esas...

CARL. Al contrario, en mi vida he cogido una, y por consiguiente, para mi todas son iguales.

FER. Cómo! nunca...

CARL. Nunca he desenvainado un sable, ni hecho estallar un piston, ni... mas por eso no tengas cuidado... no me falta tino... y lo sé porque en Barcelona jugué una temporada á... no sé como se llama... un juego que consistia en

atravesar una naranja con una flecha de hoja de lata...

FER. Y acertabas à menudo?

CARL. Ni una vez siquiera; pero últimamente no me faltaba para dar en el blanco mas que siete ú ocho pulgadas.

FER. Cielos!

CARL. Lo que desde luego te aseguro, es que no daré un paso atrás. Y en cuanto á destreza, poniéndonos bien enfrente uno de otro... y á una ó dos varas de distancia...

FER. Sabes lo que dices?

CARL. Hombre, me parece... tratándose de que él ó yo...

FER. (*afectuosamente y conmovido.*) Eso es lo que me admira en ti; y me parece imperdonable que un hombre de tu carácter se deje arrebatar hasta el estremo de imponer una de las afrentas que no se lavan sino con sangre; y todo por una cosa que no merece la pena.

CARL. (*con energia.*) Que no merece la pena?.. Otro tal vez no haria caso, pero... (*reprimiéndose.*) perdóname, Fernando; no hablemos de esto! y hazme el gusto de decir las condiciones del desafio.

FER. A veinte y cinco pasos: echais á andar el uno hácia el otro, y...

CARL. Ya entiendo, vamos; y á quien Dios se la de...

FER. Tu segundo testigo será el comandante, persona muy apreciable, y el punto de reunion, á la salida de la ciudad, camino de Barcelona.

CARL. Perfectamente. Deseo salir del paso cuanto antes, para estar tranquilo. (*Fernando hace un jesto de desagrado, y Carlos que lo observa añade con prontitud.*) No por mi, pues al cabo tanto vale mi pellejo como el de cualquiera otro, sino por el riesgo que puede correr otra persona.

FERN. Quién?

CARL. ¿No has observado hace poco en esa muchacha...

FER. Teresa?

CARL. Si. Pobrecilla! Si alguna cosa puede hacerme creer que el resultado del lance me será funesto, es que ella está interesada en que no lo sea... (*con amargura.*) Oh! Si; porque desde que la conozco no la he ocasionado más que desdichas.

FER. Tú?

CARL. La infeliz vivia contenta y dichosa en un almacen de modas de Málaga. La vi un dia por casualidad, me gustó, le declaré mi amor, admitió, y desde aquel momento fui centinela continuo de su puerta. Tú me dirás que hasta aqui no hay motivo para quejarse; es verdad; pero no sabes, ni yo sabia tampoco, que la dueña del almacen llegó á comprender hácia que parte asestaba yo mis tiros. Figúrate una especie de lechuza de unos treinta y seis años, con un ojo mirando á oriente y el otro á poniente: la calle estaba aqui, (*señalando á la derecha.*) y la trastienda allí: (*à la izquierda.*) pues bien, como veia á los dos lados á la vez, llegó á comprender el misterio; ya se vé, yo creia que no nos miraba y se estaba enterando de cuanto hacíamos. Al fin lo supo todo, y de sus resultas hubo esccenas... pero qué escenas... hasta que aprovechándose de un viage que tuve yo que hacer, plantó á la pobre muchacha en medio de la calle. Huérfana esta y sin pariente alguno, fué recogida por una señora en cuya casa estubo hasta que vino á Mataró á reunirse con su madrina, á la cual sirve de mucho; mas para colmo de desdichas, he llegado yo aqui, y ya ves lo que ha resultado.

FER. Si, ya veo.

CARL. (*pesaroso y enternecido.*) La madrina arruinada, Teresa comprometida, perdida, y todo por mì, por mi poca precaucion... (*con amargura.*) Cuando yo te decia que la habia hecho desgraciada!... Hubiera dado por ella mi sangre, mi existencia, y al cabo, viviendo yo, nada la hubiera faltado. Oh! no: yo la hubiera dicho: «ven; soy joven, y con salud y amor al trabajo nadie se muere de hambre. Si pierdo mi colocacion, me ocuparè en otra cosa, en cualquiera que sea; pues me pondré á zapatero, á carpintero, á albañil, á lo primero que salga, pero á lo menos tendré pan conque mantenerte.»

FER. (Qué muchacho tan escelente!)

CARL. Nos hubiéramos casado; y el único pesar que tengo es el de no poder dejarle mi nombre antes de... (*reprimiéndose.*) Pobre Teresa... no, nada... el abandono, la miseria... Ah! mas vale olvidarlo, porque estas ideas... créeme... si diese en pensar en ellas, acabaria quizá en ser... (*con voz ahogada y temblorosa.*) un cobarde.

FER. Qué dices?

CARL. Oh! bien se que es vergonzoso lo que estoy diciendo: pero la incertidumbre de lo que sucederá á esa desventurada cuando se vea sin mi... me trastorna, me atemoriza, me quita la esperanza y las fuerzas, y me hace temblar...

FER. Desdichado!... asi te privas de la única probabilidad que te queda, la confianza, la serenidad?... No, Cárlos: recobra tu firmeza; el momento se acerca; espéralo tranquilo... y si para inspirarte valor fuere menester prometerte que no quedará abandonada la joven á quien amas, aun tienes un amigo...

CARL. Ah!

FER. Que la protegerá, que será para ella un verdadero hermano.

CARL. Qué dices?

FER. Si, te lo prometo... ella y su madrina irán conmigo á casa de mi tio y allí vivirán...

CARL. (*cogiéndole la mano con entusiasmo, y esforzándose en llevársela á los labios.*) Fernando! mi querido Fernando!

FER. Eso no: ven á mis brazos. (*se abrazan.*)

CARL. (*con resolucion.*) Vamos, vamos.

FER. Aqui están ya.

CARL. Tanto mejor.

ESCENA XII.

CARLOS, EL COMANDANTE, FERNANDO, CARNICER *y otros dos testigos. El Comandante lleva una caja con pistolas.*

FER. (*sacando el reloj.*) Caballeros, aun no ha pasado la hora; ya ibamos á echar á andar.

COM. Es inútil.

CARN. (*fumando.*) No podemos ir al punto designado.

FER. Por qué?

CARL. (*con viveza.*) Por qué? por qué?

CARN. No se habla de otra cosa en toda la poblacion. Saben que voy á batirme, y toda la gente está asomada á los balcones y á las puertas para vernos pasar y seguirnos.

CARL. Y eso qué importa?... vamos allá.

CARN. Caballero...

CARL. Mejor: cuanto mas jente haya, mas pública será la reparacion.

CARN. Advierta usted que si salimos, el lance se hace ya imposible... (*mirando á Cárlos con ironia.*) lo cual quizá le acomodaria al señor.

CARL. Cómo?

CARN. Pero á mi no.

COM. (*consultando con Fernando y las otros dos testigos.*) Aqui no encontramos mas que un medio...

FER. Esparcir la voz de que se ha arreglado el negocio, y mañana, al amanecer...

CARL. Mañana!... hemos de estar aun veinte y cuatro horas?... (*remedando á Carnicer.*) Eso quizá le acomodaria al señor.

CARN. Qué?

CARL. Pero no á mi... no señor; ha de ser hoy, ahora mismo, en este mismo sitio si no hay mas remedio.

CARN. (*mirando al rededor.*) Dice bien: por qué no aqui?... Este jardin está casi aislado, al menos por esta parte que dá al campo... y como los curiosos nos esperan por el otro lado...

CARL. (*al Comandante.*) Pues, señor, estamos acordes: pronto, pronto las..

FERN. Poco á poco, Cárlos. Primero es preciso cargar las armas, medir la distancia...

CARL. (*haciendo ademan de cojer la caja.*) Pues bien: vengan.

FERN. No puede ser.

COM. Eso nos toca á nosotros.

CARL. Ah! con que... perdone usted... no me opongo... Entonces pueden ustedes. (*Fernando, el Comandante y los otros dos testigos van á cargar las armas sobre la mesa que está debajo del árbol.*) Despachen ustedes... (*viendo á Carnicer que se pasea por la derecha fumando.*) Toma, y el otro está fumando... tiene gana de fumar cuando vá... vaya un hombre egoista!... Ya se conoce que no hay nadie que le quiera... y yo... Teresa!... Si la pobrecilla supiera... hace poco formaba tan bellos cálculos... Y decir que unos granos de pólvora, un poco de plomo y un movimiento imperceptible del dedo... Pero... qué estoy haciendo?... Nada, no hay que pensar en ello, amigo mio.

CARN. (*que se ha estado paseando, se detiene delante de Cárlos.*) Diga usted, caballero.

CARL. Qué ocurre?

CARN. Antes de la accion que ha dado lugar á este lance, ¿tenia usted alguna prevencion contra mi?

CARL. ¿Qué prevencion es menester para responder á un ultraje?

CARN. No, ultraje no; no ha sido mas que una broma.

CARL. ¿A usted le parece broma?

CARN. Si señor.

CARL. Pues, como suele decirse, es una broma pesada; y le diré á usted por qué. Yo me rio, me divierto como otro cualquiera cuando se trata de una chanza: mil veces las han tenido conmigo, y yo las he tenido con otros, pero nunca han pasado á mayores. Si este mediodia, por ejemplo, me hubiera usted hecho pagar una comida á ese pobre maniático, aunque hubiera usted tomado parte en la diversion, y al beber la última copa me hubiese usted dicho: «amigo Cárlos, todo esto no ha sido mas que gana de tener un rato de buen humor... pero venga esa mano,» yo se la hubiera dado á usted de buena gana y sin resentimiento alguno; pero lo que usted ha hecho es muy distinto, señor mio, ha comprometido usted mi pundonor, mi crédito y hasta mi subsistencia, pues por usted perderé mi colocacion....

CARN. Por mi?

CARL. Por usted, si señor. Usted ha sido la causa de que yo tomase seriamente un negocio que no habia de tener resultados; de que mediasen firmas; de que escribiese á mi principal, y vea usted aqui ya comprometido mi porvenir; despues otras cosas mas, la existencia de una familia... cosas finalmente que me han costado lágrimas... lágrimas, si señor..... un hombre como yo... Ah! si esto no es mas que una chánza, doy á usted muchas gracias, pero no se chancee usted con nadie de esta manera.

CARN. (Que Diablos!) A la verdad que yo no he reflexionado... y es posible que me haya escedido un poco.

CARL. Un poco! Se ha escedido usted mucho.

CARN. Y usted todavia mas... Lo peor es que... yo lo siento mucho... pero ya no tiene remedio. Su precipitacion de usted puede costarle cara.

CARL. Ya... parece que trata usted ahora de amedrentarme... ¿ó es que tiene usted miedo...?

CARN. Yo miedo? (*Fernando se pone á medir el terreno á pasos contados y en linea diagonal, desde el estremo de la izquierda al foro.*)

CARL. Pudiera ser.

CARN. Que poco me conoce usted! Está muy acreditada mi reputacion en las armas para intimidarme tan fácilmente.

CARL. Pues entonces...

CARN. Me inspiraba usted compasion, y nada mas.

CARL. Ah! no me compadezca usted. Algo mas que usted aventuro, es verdad, pero no creo que es mas valiente el que vá á batirse sin temor ninguno.

CARN. Los insultos no son razones, y si...

FERN. Caballeros, todo está corriente. (*les señala la mesa del foro en la cual estan las pistolas.*)

CARN. Vamos allá.

CARL. Gracias á Dios!

CARN. (*á Cárlos.*) A usted le toca...

CARL. No, á usted. Dejémonos de ceremonias. (*toman una pistola cada uno. Carnicer sigue á los testigos, que se colocan en el foro á la derecha; Cárlos baja al proscenio y se situa á la izquierda con Fernando.*) Esta para mi?... y estás seguro de que no faltará el tiro?

FER. ¿A què esa cadena... los botones... tantas cosas que fijen la punteria... asi... asi... (*le abotona la levita, y le mete el cuello de la cami-*

sa dentro de la corbata.) Estos picos tambien...

CARL. Hombre, cuidado... que me los desplanchas.

FER. Para remilgos estamos ahora. Vamos, Cárlos.

CARL. (*dándole la mano.*) Gracias... No olvides á Teresa. (*Fernando va á unirse con el Comandante, que está á la izquierda; los demas testigos permanecen enfrente, junto à la pieza de villar. El Comandante da tres palmadas, y los dos combatientes echan á andar uno hácia el otro con el mayor silencio. Carnicer se detiene y tira el cigarro, disponiéndose en seguida para apuntar á Cárlos, que se detiene tambien.*)

CARL. Dispare usted... no tenga usted miedo.

FER. Quietos!... viene gente.

COM. (*mirando.*) Unas señoras.

FER. Guarden ustedes las armas.

CARL. Vaya: tendremos que repetir la escena.

CARN. (*bajando al proscenio*) Qué diablos! No le dejan á uno solo un momento.

CARL. (*viendo á Teresa, que entra por la derecha.*) Teresa! (*à Carnicer en voz baja.*) Caballero... esta muchacha me quiere; y si desea usted que se verifique el combate, déjeme usted hablar y no me desmienta en nada de lo que diga.

CARN. Corriente.

ESCENA XIII.

EL COMANDANTE, FERNANDO, TERESA, LUISA, CARLOS, CARNICER. *Los dos testigos.*

TER. (*á Luisa.*) Deje usted, señorita, que aun es tiempo: aqui estan todos.

CARL. (*en voz alta.*) Conque, señores, quedamos en esto: no se hable mas del asunto; esto no pasará adelante.

LUI. Qué oigo?

TER. (*á Càrlos.*) Por fin has conseguido...

CARL. (*afectando sorpresa.*) Calla!... eres tú?... si... ¿no te decia yo... Estos caballeros se han dado à razones... y á la verdad que realmente... por ciertas espresiones un poco... seria una bobada andar á... (*con gravedad é intencion.*) Como si se tratase de una ofensa grave, de una ofensa contra el honor... ah! entonces seria otra cosa. (*á Carnicer con intencion.*) No es verdad?

CARN. Creo lo mismo que usted.

CARL. Conque ya ven ustedes que no se trata mas que conferenciar... nos retiramos...

TER. Ah! eso no, caballero, porque antes que ustedes se vayan, llamaré à mi madrina, á los criados, á los huéspedes, á todo el mundo!

CARL. (Que diantre!) (*colocándose entre Teresa y Fernando como llevado de una idea repentina.*) Bien; no importa: Fernando, siendo yo tu testigo, yo soy quien debo... y asi es inútil... (*á Luisa y Teresa.*) Ea, pues, Fernando se quedará con ustedes.

FER. Yo?...

TER. Eso es: ¿verdad, señorita...?

LUI. (*con voz baja á Teresa.*) Si, si...

FER. (*resistiéndose.*) Permitanme ustedes: yo no puedo...

CARL. (*en voz baja, y con enerjia à Fernando.*) Te lo suplico. (*en voz alta.*) Vamos, amigo Fernando, eso es poca galanteria... y basta que lo deseen estas señoras. (*á él.*) En seguida te vas tú.

FER. Pero me prometes...

CARL. (*con prontitud, viendo que le observan las dos.*) Te lo prometo... (*á ellas.*) Espero pues que quedarán ustedes tranquilas.

TER. (*á media voz.*) Qué cosas tienes!

CARL. (*á Carnicer y los demas.*) Soy con ustedes, señores. (*à Teresa.*) Teresa... la mano! (*estrechándosela conmovido.*) Adi... (*con resolucion.*) Hasta mas ver... (*á Carnicer.*) Caballeros, cuando ustedes gusten. (*salen los cinco por la derecha.*)

ESCENA XIV.

FERNANDO, TERESA, LUISA.

FER. (Con tal que pueda seguirlos pronto!)

TER. Vaya, D. Fernando... qué distraido està usted! Ni siquiera dá usted gracias á la señorita Luisa; à quien todo se lo he contado, y que venia para impedir que se verificase...

FER. Ah! señorita... (estoy temblando.) Vengan ustedes adentro, porque es indispensable...

TER. No, no: usted no se marcha hasta que no vuelva Cárlos.

FER. (*con ansiedad.*) (Ah! Dios sabe si volverá!)

TER. Porque él habrá tomado bien sus precauciones para que el lance termine en bien... le quiere à usted tanto!

FER. Oh! si, ya lo sé.

TER. No señor: no lo sabe usted todo.

FER. Pues qué..,

TER. El aplacò à un bienhechor muy respetado por usted, á quien tenia usted sumamente irritado por su ausencia.

FER. Mi tio!

TER. Y velò por su fortuna de usted.

FER. Y yo velaré por su vida! (*oyese un pistoletazo.*)

TER. Cielos!

FER. (*intentando escaparse.*) Déjenme ustedes... déjenme...

TER. Dios mio! qué es eso?

FER. Si ustedes supiesen... Carnicer... Cárlos... (*Teresa va á salir corriendo, y se oye otro pistoletazo.*) Ah! infeliz!

TER. Cárlos!

LORE. (*saliendo azorada*) ¿Han oido ustedes...

FER. (*á Luisa y Lorenza.*) Deténganla ustedes... deténganla... voy corriendo.

ESCENA XV.

LORENZA, LUISA, CARLOS, *pálido, fatigoso y desgreñado;* FERNANDO.

TER. (*saliendole al encuentro.*) Cárlos!

CARL. (*ocultando con prontitud la mano izquierda que lleva envuelta en un pañuelo.*) Vamos, vamos... ¿qué es eso... no hay que asustarse. Ya estoy aqui... todo se ha acabado...

TER. (*reparando en la mano.*) ¡Ay Dios!

TODOS. Herido!

CARL. Ca!... No... no es nada... al contrario...

FER. ¿Y eras tú el que me prometias...

CARL. Y qué habia de hacer? Tú no ibas; el otro comenzaba á impacientarse un poco; yo lo estaba mas todavia.... y luego como solo se trataba de... (*indica por medio de una seña la accion de tirar del gatillo.*) Para esto no era menester mucha jente... (*á Teresa, riendose.*) Es verdad?... (*viendo que llora.*) Cómo!... otra vez?... Teresa!... Pues estamos frescos: en lugar de estar mas alegre que una pascua! Puede ser que hubieras preferido...

TER. (*tapándole la boca.*) Ah!

CARL. Pues mira, no me ha faltado mucho... que á no ser por el maniático... el vejete de marras...

TODOS. Pues ¿qué...

CARL. Verán ustedes... Apenas habiamos dado otra vez principio á la escena de antes... como que estábamos ya apuntando... (*á Teresa.*) y si supieras cuanto me acordaba entonces de ti... cuando de repente oigo á corta distancia de mi la voz del viejo, que decia: «En cuanto las pistolas?...» Vuelvo la cabeza, y... Psff... la bala del otro amigo. Si no me vuelvo, me la encaja aqui. (*señalando al pecho.*)

TODOS. (*entre gozosos y horrorizados.*) Ah!

CARL. Y ello... yo... al principio... ya sé vè... como no está uno acostumbrado... tanto que no me acordaba ya de que me tocaba á mi, y mi contrario me dijo: » Vamos, pronto! tire usted!»

TODOS. (*con ansiedad.*) Y qué...

CARL. (*conmovido.*) Me adelanté maquinalmente... y al llegar ya cerca de él....

TODOS. Qué... qué... (*entra Carnicer con el Comandante.*)

ESCENA XVI.

LUISA, FERNANDO, TERESA, CARLOS, CARNICER, LORENZA, EL COMANDANTE.

CARN. (*colérico.*) El señor hizo fuego al aire.

CARL. Ya se vé.

CARN. Pues estaba usted en su derecho.

CARL. En mi derecho... no digo que no; pero yo hubiera querido ver á cualquiera en mi lugar, tener delante á un hombre desarmado, ser árbitro de su vida, y llevar su inhumanidad hasta el punto de quitársela... No: á pesar de todos los ultrajes del mundo, yo no tendria jamás corazon para aprovecharme asi de mi fortuna. (*murmullo general de aprobacion.*)

LORE. (*llorando.*) Esos son buenos sentimientos.

CARN. (*acercándose á Cárlos con franqueza y cordialidad.*) Amigo mio...

CARL. Yo deseo serlo... he dicho mal... lo soy de usted.

CARN. Hoy no he tenido tanto acierto como acostumbro... (*afreciéndole la mano.*) pero me alegro de veras.

CARL. (*estrechándosela.*) Y yo tambien por la parte que me toca. (*risas.*)

LORE. (*enjugándose los ojos.*) Es mucho chico... hace reir y llorar á un tiempo.

CARL. Vaya, señora Lorenza, no tenga usted cuidado, pues ya que vivo, el amigo D. Bonifacio...

FER. Quedará pagado hoy mismo.

CARL. Cómo?... ¿Qué...

FER. De ese asunto me encargo yo... si, querido Cárlos, asi como de tu suerte futura y de la de...

CARL. Mil gracias... yo no debo oponerme á este beneficio... (*á Teresa.*) Teresa, dá las gracias á este caballero... (*á Fernando.*) Acepto, al menos interinamente, porque despues... (*Fernando hace un jesto de estrañeza.*) Y sobre todo con la condicion de salir mañana mismo para la casa de tu tio... (*muestras de asentimiento por parte de Fernando.*) Ya verás, Teresita, ya verás què almacenes... (*á Fernando.*) Y por supuesto le declararás que aspiras á la mano de la señorita Luisa...

CARN. Cómo? Que dice usted?

CARL. ¿Usted cree...

CARN. Que esta señorita ha acojido favorablemente los sentimientos de mi corazon, y que por lo tanto no...

FER. Caballero, tenga usted entendido...

TODOS. Cielos!

CARL. (*conteniendo á Fernando y Carnicer.*) Otro tenemos!... Conque dos veces en un dia! Ah!, señor Carnicer, si vive usted asi, lo celebro mucho, pero no me parece muy buen réjimen.

LORE. Dice bien, señor Carnicer; todo el mundo le culparia á usted.

CARN. (¿Qué remedio...)

CARL. (*conteniendole de la mano.*) Vamos, vamos... Qué dice usted? Hemos de ser amigos?

CARN. Ello en si nada tiene de injurioso, pues al fin esta señorita es libre en su eleccion.

CARL. Eso es otra cosa: no esperaba yo menos de un caballero como usted. Pues, señor, ya que todo está corriente, marchémonos al punto, porque si me entretengo aqui mas tiempo, acabaré por volverme calavera. (*á Teresa.*) Teresa! Teresa! (*no responde.*) Calla! estamos de hocico!

LORE. Niña, niña, no estés asi.

CARL. Deje usted.... verán ustedes que pronto... Teresita: ya no me haces caso?

TER. Pues si le parece á usted... engañarme asi... esponerse á perder la vida...

CARL. Eh! eso se acabó. Aqui está mi mano, la mano buena, que afortunadamente es la que pide el cura... Conque... (*Teresa no hace caso.*) No?... Pues á las tres va la vencida... A la una... á las dos... Teresa, que estan al caer... A las tres! (*Teresa se vuelve de pronto y le dá la mano.*) Ah!... soy el mejor pastor... (*á Lorenza.*) Es decir, si usted, respetable madrina...

LORE. No señor: al cabo por usted queda pagado el picaro D. Bonifacio

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid, 1846.

Imprenta de D. Vicente de Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

3 0112 127852660

INDICE GENERAL.

El Page de Woodstock, en un acto.
La Barbera del Escorial, Id.
El derecho de primogenitura, Id.
¡Un buen marido! Id.
La vida por partida doble, Id.
Percances de la vida, Id.
El maestro de escuela, Id.
El Rey de los criados ó acertar por carambola, en dos actos.
La Hija de mi tio, Id.
César, ó el perro del castillo, Id.
Un pariente millonario, Id.
Los pupilos de la Guardia, Id.
La Modista alferez, Id.
Un Avaro, Id.
El Guarda-bosque, Id.
El Diablo nocturno, Id.
Un dia de libertad, en tres actos.
La Abadia de Penmarck. Id.
El vivo retrato, Id.
El Diablo y la bruja, Id.
Casarse á oscuras, en 3 actos.
Deshonor por gratitud, Id.
El novio de Buitrago, Id.
Jorge el Armador, en cuatro actos.
Fausto de Underwal, en 5 actos.
Los Prusianos en la Lorena ó la honra de una madre, Id.
La Hermana del Carretero, Id.
La corona de Ferrara, Id.
En la falta vá el castigo, Id.
Un casamiento con la mano izquierda, 2 actos.
Uno de tantos bribones, en 3.
Las huérfanas de Amberes, en 5.
Mas vale tarde que nunca, en 1.
La cocinera casada, en 1.
Tom-Pous, ó el marido confiado, en 1.
Dos contra uno, en 1.
El marido de la Reina, en 1.
La hija del Regente, en 5.
Reinar contra su gusto, en 3.
Los Mosqueteros, en 6 actos.
El castillo de S. Mauro, en 5 actos.
Con todos y con ninguno, en 1 acto.
Una broma pesada, en 2.
Los dos estremos, en 3 actos.
Fuerte-Espada el aventurero. en 5.
El Tarambana, en 3 actos.
Perder y ganar un trono, en 1.
El mercado de Lóndres, en 7 cuadros
El pacto sangriento ó la venganza Corsa, en 6 cuadros.
El hijo de mi muger, en 1 acto.
El castillo de los espectros, en 3.

TEATRO ANTIGUO.

El desprecio agradecido, en 5 actos.
A cada paso un acaso, ó el Caballero, en id.
Los empeños de un acaso, en Id.
Yo por vos y vos por otro!! en 3.

ORIGINALES.

Perder el tiempo, en un acto.
El marinero, ó un matrimonio repentino, Id.
Un error de ortografia, Id.
La joven y el zapatero, Id.
Una conspiracion, Id.
Tanto por tanto ó la capa roja, Id.
Un casamiento por poderes. Id.
Estudios históricos, Id.
En la confianza está el peligro, en 2 actos.
Se acabarán los enredos? en 2.
Juan de las Viñas, Id.
Mateo el Veterano, Id.
El médico de su honra, en 3 actos.
Valentina Valentona, en cuatro actos.
Los infantes de Carrion, en 3.
La Posada de Currillo, 1 acto.
A tal accion tal castigo, en 4 actos.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, en 4.
Dos y ninguno, en un acto.